

Audiolibro La Impaciencia Del Coraz
N Stefan Zweig 5 7

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Lisa Jean (Scarborough)** - - - - Joven y poco experimentado, hasta entonces siempre había considerado las ansias y las cuitas del amor como el peor tormento del corazón. Mas en aquel momento empecé a entrever que existe otro tormento, quizá más terrible, que el de anhelar y desear, a saber: el de ser amado en contra de la propia voluntad y no poder luchar contra esta pasión abrumadora. Ver a alguien a tu lado consumiéndose en el fuego de su deseo y quedarse quieto e impotente, sin encontrar la fuerza ni el poder ni la capacidad para arrancarlo de estas llamas. Quien ama sin ser correspondido puede a veces dominar su pasión, porque no es sólo criatura, sino también creador, de su aflicción; si un amante no sabe dominar su pasión, por lo menos sufre por su propia culpa. En cambio, está completamente indefenso y desvalido el que es amado sin corresponder, pues la medida y los límites de esta pasión ya no están en sus manos, sino más allá de sus fuerzas, y si otro lo quiere su voluntad se anula. Quizá sólo el hombre es capaz de ver claramente que semejante atadura no tiene escapatoria, que esa necesidad de resistencia que le es impuesta sólo a él se convierte a la vez en martirio y culpa, pues cuando una mujer se defiende contra una pasión no deseada, en el fondo obedece a la ley de su sexo; a toda mujer es innato, primitivo por decirlo así, el gesto de la negativa inicial, y aun cuando se niegue a sí misma el deseo más ardiente, no se la puede llamar inhumana. ¡Pero qué fatalidad cuando el destino invierte la balanza, cuando una mujer ha vencido su pudor hasta el punto de revelar su pasión a un hombre y le ofrece su amor sin la certeza de ser correspondida, y él, el pretendido, la rechaza con frialdad! Enredo irresoluble siempre, pues no corresponder al deseo de una mujer significa aniquilar también su orgullo, destruir su pudor; quien se niega a una mujer que lo desea, por fuerza tiene que herirla en lo más noble. Resulta inútil entonces toda forma de eludirla —por delicada que sea—, absurdas todas las evasivas cortesas, ofensiva toda oferta de simple amistad; una vez que la mujer ha dejado al descubierto su debilidad, toda resistencia del hombre se convierte irremisiblemente en crueldad; siempre que no acepta el amor, se convierte sin culpa en culpable. Terribles e irrompibles cadenas... Hace un momento te sentías todavía libre, eras dueño de ti mismo y no debías nada a nadie, y de pronto te ves perseguido y acorralado, botín y objetivo de un deseo ajeno no deseado. Consternado hasta el fondo de tu alma, sabes que día y noche alguien te espera, piensa en ti, te ansía y suspira por ti. ¡Una mujer, una extraña! Te quiere, te exige, te pretende con cada poro de su ser, con todo su cuerpo y con toda su sangre. Quiere tus manos, tu pelo, tus labios, tu cuerpo, tus noches y tus días, tus sentimientos, tu sexo y todos tus pensamientos y sueños. Quiere compartirlo todo contigo, quiere quitártelo todo y absorberlo con su aliento. Siempre, noche y día, duermas o estés despierto, ahora en algún lugar del mundo hay un ser, ardiente y alerta, que te espera, alguien que te observa y sueña contigo. Es inútil que no quieras pensar en la que siempre piensa en ti, es inútil que trates de huir, pues ya no estás en ti, sino en ella. Como un espejo, una persona extraña de pronto te lleva dentro..., no, no como un espejo, pues éste sólo se embebe de tu imagen cuando se la ofreces voluntariamente; en cambio ella, la mujer, la desconocida que te ama, ya te ha absorbido en su sangre. Te tiene siempre dentro y te lleva consigo dondequiera que huyas. Estás siempre en otra parte, preso y encadenado a otra persona, ya no eres tú mismo, ya no eres libre, despreocupado y sin culpa, siempre perseguido y comprometido; siempre percibes ese pensamiento puesto en ti como algo ardiente que se empapa de ti sin cesar. Lleno de odio y de espanto tienes que sufrir ese anhelo ajeno que sufre por ti. Y ahora sé que la tribulación más absurda e ineluctable de un hombre es ser amado en contra de su voluntad, tormento entre los tormentos y, sin embargo, culpa sin culpa. Ni aun en la fantasía más fugaz me habría parecido jamás imaginable que una mujer pudiera amarme tan desmesuradamente. Cierto que a menudo he sido testigo de las fanfarronadas de camaradas contando que tal o cual mujer les «iba detrás»; quizás incluso había reído con los demás, haciendo coro jocoso al relato indiscreto de semejantes asedios, pues entonces todavía no sospechaba que toda forma de amor, incluso la más ridícula y absurda, es el destino del hombre y que también con la

indiferencia se incurre en deuda con el amor. Pero lo que uno conoce de oídas o de los libros sólo le pasa rozando débilmente; tan sólo la experiencia propia puede enseñar al corazón la esencia de los sentimientos. Primero tuve que experimentar en mi propia conciencia las tribulaciones de un amor ajeno e insensato para sentir compasión por el uno y por el otro, por el que se impone a la fuerza y por el que a la fuerza se defiende de semejante delirio. Pero ¡en qué grado inimaginable se me asignaba precisamente a mí esta responsabilidad! Pues, si ya en sí mismo es crueldad del corazón y casi barbarie defraudar a una mujer en su afecto, ¡tanto más terrible resulta el «no», el «no quiero», que yo debía decir a esa niña apasionada! Tenía que mortificar a una enferma, herir todavía más hondo a un ser ya dolorosamente lastimado por la vida, arrebatarse a una criatura insegura la última muleta de esperanza con la que se sostenía. Yo sabía que exponía al peligro y quizás a la destrucción a esa muchacha que sólo había despertado mi compasión, si me negaba a su amor huyendo; veía espantosamente clara de antemano la enorme falta que cometía en contra de mi voluntad si, incapaz de aceptar su amor, no fingía al menos que la correspondía. Pero no tenía elección. Antes de que el alma comprendiera conscientemente el peligro, el cuerpo ya había rechazado el impetuoso abrazo. Los instintos siempre saben más que nuestros pensamientos despiertos; ya en aquel primer instante de sobresalto en que rehú su violenta ternura, lo había sentido todo de forma borrosa. Supe que nunca tendría la fuerza salvadora para amar a la inválida como ella me amaba, y probablemente ni siquiera la compasión suficiente para soportar aquella pasión enervante. En aquel primer momento de retirada ya intuí que no había salida ni vía de compromiso. Uno de los dos tenía que acabar siendo infeliz por este amor absurdo, y quizá los dos. Nunca llegaré a sacar en claro cómo regresé a la ciudad aquella tarde. Sólo sé que caminé muy deprisa y que un único pensamiento se repetía con cada pulsación: ¡Fuera, fuera, fuera de esta casa, fuera de este embrollo, huir, escapar, desaparecer! ¡No pisar nunca más esta mansión, no ver nunca más a estas personas, ni a nadie! ¡Esconderse, hacerse invisible, no estar nunca más obligado con nadie ni comprometido con nada! Sé que traté de ir más allá en mis pensamientos: abandonar el servicio, conseguir dinero en alguna parte y huir al mundo, lo bastante lejos para que el desvariado deseo no me alcanzara; pero todo esto era ya más un sueño que un pensamiento claro, porque entretanto seguía martilleándome las sienes la misma palabra: ¡fuera, fuera, fuera! Por el polvo que llevaba en los zapatos y por las roturas en los pantalones producidas por los abrojos supe después que debí de correr por campos, prados y caminos; en cualquier caso, cuando finalmente me encontré en la carretera principal, el sol ya se escondía detrás de los tejados. Y la verdad es que desperté sobresaltado como un sonámbulo cuando de improviso alguien me dio unos golpecitos en la espalda. —¡Vaya, Toni, eres tú! ¡Ya era hora de que te pilláramos! Hemos registrado todos los rincones buscándote. Ya estábamos a punto de telefonar a tu castillo señorial. Me vi rodeado por cuatro camaradas, entre ellos el inevitable Ferencz, Jozsi y el capitán de caballería, el conde Steinhübel. —Pero ahora espabila. Imagínate, de sopetón nos llega Balinkay, Dios sabe si de Holanda o de América. Ha invitado esta noche a todos los oficiales y voluntarios del regimiento. Asistirán el coronel y el comandante, será un gran banquete, en El León Rojo, a las ocho y media. Menos mal que te hemos encontrado, el viejo habría gruñido de lo lindo, si te hubieras escabullido. Ya sabes que tiene debilidad por Balinkay. Cuando viene, todo el mundo tiene que desfilar en orden de batalla. Yo todavía estaba en las nubes. Completamente aturdido, pregunté: —¿Quién dices que ha venido? —¡Balinkay! ¡No pongas esta cara de memo! ¿Será posible que no conozcas a Balinkay? ¿Balinkay? ¿Balinkay? En mi cabeza todo andaba todavía revuelto. A duras penas saqué de ella este nombre como de un montón de trastos viejos llenos de polvo. Ah, sí, Balinkay, el que en otro tiempo había sido el mauvais sujet del regimiento. Mucho antes de llegar yo, había servido en él como teniente y después como primer teniente, el mejor jinete, el mozo más alocado del regimiento, jugador exaltado y un Donjuán. Pero luego había pasado algo embarazoso, nunca me interesó el tema; sea lo que fuere, en veinticuatro horas colgó el uniforme y se dedicó a viajar por el mundo en todas las direcciones; corrían toda clase de historias extraordinarias. Finalmente se rehabilitó pescando en el hotel Shepherd de El Cairo a una holandesa, una viuda millonaria, propietaria de una maatschappij, una empresa que poseía diecisiete barcos y extensas plantaciones en Java y Borneo; desde entonces había sido nuestro invisible santo patrono. Parece ser que nuestro coronel Bubencic ayudó a ese Balinkay a salir de un embrollo gordo, pues su fidelidad al coronel y al regimiento era realmente conmovedora. Cada vez que venía a Austria hacía una escapada al regimiento y tiraba el dinero con tanta prodigalidad, que durante semanas se hablaba de ello en la ciudad. Ponerse el viejo uniforme por una noche y volver a ser un camarada entre camaradas era para él una especie de necesidad del alma. Cuando se sentaba en la habitual mesa de oficiales, alegre y despreocupado, se le notaba que en aquella sala mal revocada y llena de humo de El León Rojo se sentía cien veces más en casa que en su palacio feudal junto a un canal de Amsterdam nosotros habíamos sido y seguíamos siendo sus hijos, sus hermanos, su verdadera familia. Todos los años instituía premios para nuestra carrera de caballos, por Navidad llegaban regularmente dos o tres cajas de abigarradas botellas de Bols y cestas con otras de champán, y el coronel podía cobrar con seguridad absoluta un suculento cheque cada primero de año para

la caja de oficiales. Quienquiera que llevara la guerrera de ulano y luciera en el cuello nuestras insignias, podía confiar en Balinkay si alguna vez se veía en algún apuro: una carta y todo arreglado. En cualquier otro momento habría celebrado de buen grado la oportunidad de conocer a ese personaje tan famoso. Pero, la idea de jolgorio, de saludos a grito pelado, de brindis y discursos de sobremesa, me parecía, en mi turbación, la más insoportable de la tierra. De modo que traté de retirarme lo más rápido posible: me sentía algo indispuerto. Sin embargo, con un drástico «¡Ni hablar! ¡Hoy no se escaquea nadie!» Ferencz ya me había cogido del brazo y tuve que ceder de mala gana. Mientras me arrastraba, le oí confusamente contar cómo y a quién había ayudado Balinkay a salir del aprieto, cómo no tardó en procurar un empleo a su cuñado, y que si uno de nosotros no hacía carrera rápida, que se embarcara con rumbo a la India o a donde fuera para hablar con él. Jozsi, aquel muchacho flaco y sañudo, echaba de vez en cuando unas gotas de vinagre en el entusiasmo agradecido del bueno de Ferencz. Se preguntaba en tono de burla si el coronel recibiría tan amorosamente a su «hijo favorito», si Balinkay no hubiera pescado a ese gordo bacalao holandés, que además tenía doce años más que él. Y, «si uno se vende, por lo menos que se venda caro», reía el conde Steinhübel. Ahora, al cabo del tiempo, me parece extraño que me haya quedado grabada en la memoria cada palabra de aquella conversación, a pesar de mi estupor. Sucede a menudo que una turbación del pensamiento va misteriosamente de la mano de una agitación nerviosa interior, y cuando entramos en la gran sala de El León Rojo cumplí más o menos decentemente con la tarea que se me había encomendado, gracias a la hipnosis de la disciplina. Y hubo mucho que hacer. Se tuvo que traer todo el acopio de pancartas, banderas y emblemas que de ordinario relucían sólo en el baile del regimiento, unos cuantos ordenanzas martilleaban las paredes con estrépito y alegría, a su lado Steinhübel instruía al corneta sobre cómo y cuándo tenía que tocar llamada. Jozsi, que tenía la letra más bonita, fue el encargado de escribir el menú, en el que todos los platos recibieron nombres humorísticos y alusivos; a mí me cargaron con la tarea de disponer a los comensales en la mesa. Entretanto, el mozo fue colocando mesas y sillas, los camareros repartieron tintineantes baterías de botellas de vino y de champán que Balinkay había traído de la casa Sacher de Viena en su coche. Por extraño que parezca, aquel torbellino me sentó bien, pues con su ruido ahogó los latidos sordos y las preguntas que golpeaban mis sienes. Finalmente, a las ocho, todo estaba preparado. Tenía tiempo aún para llegarme al cuartel, cambiarme de ropa y arreglarme en un santiamén. Mi asistente ya estaba avisado. El uniforme y las botas de charol ya estaban preparados. Metí rápidamente la cabeza bajo el agua fría y consulté el reloj: me quedaban todavía diez minutos. Nuestro coronel exigía puntualidad rigurosa. De modo que me desvisto ligero, tiro los zapatos polvorientos, pero en el preciso momento en que me pongo delante del espejo en paños menores para peinarme el pelo revuelto, llaman a la puerta. —No estoy para nadie —ordeno al asistente. Sale raudo y veloz, y durante unos momentos oigo cuchicheos en la antesala. Después vuelve Kusma con una carta en la mano. ¿Una carta para mí? Tal como estoy, en camisa y calzoncillos, tomo el sobre azul rectangular, grueso y pesado, casi un pequeño paquete, que enseguida me quema la mano. No me hace falta mirar la letra para saber quién me escribe. Más tarde, más tarde, me dice un rápido instinto. ¡No la leas ahora, ahora no! Pero, en contra de mi voluntad, ya he rasgado el sobre y leo la carta, que cruje cada vez con más fuerza en mis manos. Era una carta de dieciséis páginas, escritas a vuelapluma con mano nerviosa, una de esas cartas que una persona escribe o recibe una sola vez en la vida. Como sangre de una herida abierta, las frases fluían incontenibles, sin párrafos, sin puntuación, con las palabras que se desbordaban, se sobreponían y se atropellaban unas a otras. Todavía ahora, después de tantos años, sigo viendo aquella carta delante de mí, veo cada línea, cada letra, todavía ahora podría repetirla de memoria, página tras página de principio a fin y a cualquier hora del día o de la noche, de tantas veces como la leí. Meses y meses después de aquel día, sigo llevando en el bolsillo aquel fajo plegado de papel azul, para sacarlo una y otra vez, en casa, en los establos, en los refugios y en los fuegos de campamento durante la guerra; sólo en la retirada de Volinia, cuando nuestra división se vio rodeada en ambos flancos por el enemigo y temí que esta confesión de un momento de éxtasis pudiera caer en manos extrañas, sólo entonces destruí la carta. «Siete veces ya te había escrito», comenzaba diciendo, «y cada vez rompí todas las hojas, porque no quería traicionarme, no quería. Me retuve mientras hubo resistencia en mí. Durante semanas y semanas luché conmigo misma para disimular delante de ti. Cada vez que venías a visitarnos, amable y sin sospechar nada, tenía que ordenar a mis manos que se mantuvieran quietas, a mis miradas que fingieran indiferencia para no turbarte; a menudo incluso me comporté con dureza y sarcasmo contigo, a propósito, sólo para no dejarte entrever cuánto ardía mi corazón por ti..., intenté todo lo que está en las fuerzas de un ser humano y más allá de ellas. Pero hoy ha sucedido lo inevitable, y te juro que ha sido contra mi voluntad, porque me ha atacado a traición. Ni yo misma comprendo cómo ha podido suceder; después hubiera querido abofetearme y castigarme, tan vil y avergonzada me sentía. Ya sé, ya sé que es una locura, un desvarío, obligarte a nada. Una criatura inválida, una tullida, no tiene derecho a amar... ¿Cómo no iba a ser una carga para ti, yo, un ser destrozado, castigado, que siente horror y asco de sí mismo? Un ser como yo, lo sé, no tiene derecho a amar y aún menos a ser amado. Debe

esconderte en un rincón y reventar y no perturbar la vida de nadie con su presencia... Sí, todo eso lo sé, lo sé y por saberlo muero. Nunca me habría atrevido a acosarte, pero ¿quién si no tú me dio la confianza de que no seguiría siendo por más tiempo el triste guiñapo que soy? Podría moverme, caminar, como los demás, como todos los millones de seres superfluos que no saben que cada paso dado libremente es una gracia y un lujo. Me había propuesto férreamente callar hasta que llegara a ser de verdad una persona, una mujer y quizá, ¡quizá!, digna de ti, amado mío. ¡Pero mi impaciencia, mi ansia de curarme, era tan frenética, que aquel momento en que te inclinaste sobre mí, creí, creí sinceramente, creí sincera y locamente que ya era otra, una mujer nueva y sana! Lo había deseado y soñado durante demasiado tiempo y tú estabas cerca de mí..., y por un instante olvidé mis desgraciadas piernas, sólo te vi a ti y me sentí como la mujer que quería ser tuya. ¿No crees que también en pleno día se puede soñar un momento, cuando durante años se ha tenido el mismo y único sueño noche y día? Créeme, amado mío, sólo esta insensata ilusión de no tener que seguir arrastrándome me ha confundido; sólo esta impaciencia de no ser más la postergada y la inválida hizo desbordar mi corazón tan desenfrenadamente. Compréndelo: mi anhelo de ti venía de tanto tiempo atrás y era tan infinito. »Pero ahora sabes lo que nunca deberías haber sabido antes de que yo hubiera resucitado realmente, y sabes también para quién quiero curarme, para quién en todo el mundo: ¡sólo para ti! ¡Sólo para ti! Perdóname este amor, ser infinitamente amado, y sobre todo por este amor te pido, te suplico que no tengas miedo ni te horrorices de mí. No creas que, por haberte molestado una vez, seguiré importunándote, que yo, postrada y odiosa para mí misma, quiero retenerte. No, te juro que nunca te sentirás apremiado por mí, me mantendré imperceptible para ti. Sólo quiero esperar, pacientemente, hasta que Dios se apiade de mí y me devuelva la salud. Te pido, pues, te lo suplico, que no tengas miedo de mi amor, amado mío, pero recuerda, tú que me compadeciste como ningún otro, lo espantosamente desvalida que soy, recuérdame clavada en mi sillón, incapaz de dar un paso por mí misma, sin fuerzas para seguirte, para correr a tu encuentro. Recuerda, recuerda bien, que soy una prisionera que tiene que esperar en su cárcel, esperar siempre con impaciente paciencia, hasta que vengas y me dediques una hora, hasta que me permitas contemplarte, oír tu voz, sentir tu aliento en la misma estancia, sentir tu presencia, la primera y única dicha que me ha sido concedida desde hace años. Piensa en todo esto e imagínate que estoy tendida, esperando día y noche, y cada hora se alarga y casi es imposible soportar la tensión. Y entonces vienes tú y yo no puedo levantarme como los demás, no puedo correr a tu encuentro para abrazarte y retenerte. Tengo que permanecer sentada y contenerme, refrenarme y callar, parar mientes en cada palabra, en cada mirada, en cada vibración de la voz, para que no creas que me atrevo a amarte. Sin embargo, créeme, amado mío, también esta dicha torturadora era una dicha para mí a pesar de todo y me elogiaba y me amaba cada vez que conseguía disimular y tú te ibas sin sospechar nada, libre y sin trabas, ignorando mi amor; sólo a mí me quedaba el tormento de saberme irremisiblemente tu esclava. »Pero ahora ha ocurrido. Y ahora que ya no puedo mentir ni desmentir lo que siento por ti, amor mío, ahora te suplico que no seas demasiado cruel conmigo; la criatura más pobre y miserable tiene también su orgullo, y yo no podría soportar que me despreciaras porque no pude refrenar mi corazón. No tienes que corresponder a mi amor... No, por Dios, por el Dios que me curará y salvará, no me aventuro a tal osadía. Ni siquiera en sueños me atrevo a esperar que pudieras amarme tal como estoy ahora... ¡Sabes muy bien que no quiero ningún sacrificio, ninguna compasión, de ti! ¡No deseo sino que toleres que yo espere, que espere en silencio, hasta que por fin llegue el momento! Ya sé que es mucho lo que te pido. Pero ¿en verdad es demasiado conceder esta dicha, la menor y lastimosa, que se otorga de buen grado a cualquier perro, la dicha de levantar la vista de vez en cuando con mirada taciturna a su amo? ¿Hay que rechazarlo a golpes enseguida, azotarlo con desprecio? Pues te digo que es esto, sólo esto, lo único que no podría soportar, que, infeliz como soy, te resultara odiosa por haberme traicionado a mí misma, que, además de sufrir mi propia vergüenza y desesperación, me castigaras. Entonces sólo me quedaría un camino, y tú sabes cuál. Te lo mostré. »¡Pero no te asustes, no pretendo amenazarte! No quiero asustarte ni recabar con chantajes, en vez de tu amor, tu compasión, lo único que tu corazón me ha dado hasta ahora. Puedes sentirte completamente libre y despreocupado... Por Dios, no quiero ser una carga para ti, ni oprimirte con una culpa de la que eres inocente... Sólo quiero una cosa: que perdones y olvides completamente lo que ha ocurrido, olvida lo que te he dicho, olvida lo que te he revelado. ¡Dame siquiera este consuelo, esa pobre y pequeña certeza! Dime enseguida (me basta una sola palabra) que no te resulto odiosa, que seguirás visitándonos como si nada hubiera ocurrido: no tienes idea de mi aflicción por miedo a perderte. Desde el instante en que la puerta se cerró tras de ti, me martiriza, no sé por qué, una angustia mortal, el miedo de que fuera la última vez. Estabas tan pálido en aquel momento, había tal expresión de espanto en tu mirada cuando te dejé que de pronto sentí un frío glacial en medio de mi ardor. Y sé (el criado me lo contó) que huiste inmediatamente de la casa; de repente ya no estabais ni tú ni tu sable ni tu gorra. En vano te buscó, en mi habitación y por todas partes, y por eso sé que huiste de mí como de la lepra, como de la peste. Pero no, amado mío, no te hago reproches, te comprendo. Precisamente yo, que me horrorizo de

mí misma cuando veo esos tarugos que tengo por pies, sólo yo, que sé lo mala, lo lunática, lo atormentadora y lo difícil de soportar que me he vuelto en mi impaciencia, precisamente yo comprendo mejor que nadie el espanto de los demás... Oh, sí, comprendo tremendamente bien que huyan de mí, que se estremezcan cuando un monstruo como yo los ataca. Y, a pesar de todo, te suplico que me perdones, pues no hay día ni noche sin ti, sólo desesperación. ¡Mándame una nota, una nota breve y rápida, o una hoja en blanco, una flor, una señal cualquiera! Algo que me permita saber que no me rechazas, que no me he vuelto odiosa para ti. Y ten presente que dentro de unos días estaré lejos, durante varios meses, dentro de ocho o diez días terminará tu tormento. Y aun cuando entonces empiece el mío, multiplicado por mil, el tormento de verme privada de ti durante semanas y meses, no pienses en ello, piensa sólo en ti, como yo sólo pienso en ti, ¡sólo en ti! Dentro de ocho días estarás libre..., ¡así que vuelve, y entretanto mándame una nota, dame una señal! No puedo pensar, no puedo respirar ni sentir mientras no sepa que me has perdonado. No puedo ni quiero seguir viviendo, si me niegas el derecho de amarte.» Leí y leí. Empecé de nuevo una y otra vez. Las manos me temblaban y el martilleo en las sienes se hizo más intenso, de temor y de conmoción por ser amado tan desesperadamente. —¡Vaya por Dios! Tú todavía en calzoncillos y allá te están esperando como buitres. Toda la banda está ahí sentada impaciente, deseando que empiece, incluso Balinkay. El coronel llegará en cualquier momento y ya sabes cómo se pone el viejo sapo cuando uno de nosotros llega tarde. Ferdl me manda a propósito para ver si te ha ocurrido algo, y te encuentro aquí leyendo cartitas... Hala, venga, vamos, vamos, o nos meterán un buen julepe. Es Ferencz quien ha entrado como una tromba en mi habitación. Pero no advierto su presencia hasta que con su pesada manaza me da unos fraternales golpecitos en el hombro. Por el momento no comprendo nada. ¿El coronel? ¿Mandado? ¿Balinkay? Ah, sí, sí, ahora me acuerdo: ¡la recepción en honor de Balinkay! Me apresuro a coger los pantalones y la guerrera y con la rapidez adquirida en la academia militar me visto mecánicamente, sin saber muy bien cómo lo hago. Ferencz me observa curioso: —¿Se puede saber qué te pasa? Pareces completamente atontado. ¿Has recibido malas noticias quizá? Lo niego con un gesto. —Ni por asomo. Ya voy. En tres saltos nos plantamos en la escalera, pero de golpe doy media vuelta. —¡Maldita sea! ¿Qué te pasa ahora? —ruge Ferencz furioso. Yo sólo quería recoger la carta, que había olvidado sobre la mesa, y guardármela en el bolsillo interior. Llegamos a la sala realmente en el último momento. Alrededor de la larga mesa en forma de herradura se ha agrupado el variopinto corro de invitados, pero ninguno se atreve a exteriorizar su buen humor antes de que los superiores tomen asiento, igual que escolares cuando ya ha sonado la campana y el maestro ha de entrar de un momento a otro. Y ya los ordenanzas abren la puerta, ya entran los oficiales del Estado Mayor, haciendo sonar las espuelas. Todos nos levantamos de estampida y nos ponemos firmes un momento. El coronel se sienta a la derecha de Balinkay, el comandante de mayor antigüedad a su izquierda, y la mesa se anima enseguida, los platos tintinean, las cucharas matraquean, todos hablan y beben a sorbos en alegre confusión. Sólo yo permanezco sentado como ausente en medio de los bulliciosos camaradas y continuamente palpo el lugar de mi guerrera donde algo palpita y martillea como un segundo corazón. A través de la tela blanda y flexible noto cómo la carta cruje cada vez que la toco, como un fuego al avivarlo; sí, está ahí, se mueve, se hace sentir cerca de mi pecho, como algo vivo y, mientras los demás hablan y comen tranquilamente, yo no puedo pensar en otra cosa que no sea la carta y la desesperada pena de la persona que la ha escrito. En vano me sirve el camarero. Lo dejo todo sin tocarlo, esa necesidad de escuchar mi interior me paraliza como si durmiera con los ojos abiertos. A derecha e izquierda oigo palabras veladas que no llego a entender; es como si todos hablaran una lengua extranjera. Veo delante de mí y a mi lado rostros, bigotes, ojos, narices, labios, uniformes, pero con la indolencia con que se perciben los objetos de un escaparate a través de un cristal. Estoy allí y, sin embargo, no estoy presente; estoy inmóvil y, sin embargo, ocupado, pues no paro de musitar con labios mudos las palabras de la carta una a una, y a veces, cuando no las recuerdo o me confundo, siento que la mano se mueve involuntariamente para hurgar a escondidas en el bolsillo, como cuando en la escuela de cadetes sacábamos libros prohibidos durante la clase de táctica. De pronto alguien golpea enérgicamente la copa con el cuchillo; como si el afilado acero hubiera cortado el ruido, se hace de repente el silencio. El coronel se ha puesto de pie y empieza un discurso. Habla con las dos manos fuertemente apoyadas sobre la mesa y balanceando el fornido cuerpo hacia delante y hacia atrás, como si montara a caballo. La entrada es una llamada dura y ronca formada por la palabra «camaradas»; midiendo las sílabas con precisión y haciendo rodar las erres como un tambor llamando al ataque, fórmula su bien preparado speech. Me esfuerzo en escucharle, pero la cabeza no me sigue. Sólo oigo palabras aisladas, que retumban y rechinan: «honor del ejército... espíritu caballeresco austríaco... lealtad al regimiento... viejo camarada...». Pero en medio cuchichean como fantasmas otras palabras, a media voz, suplicantes, tiernas, como de otro mundo. Desde dentro habla a la vez la carta: «Amado mío... no temas... no puedo seguir viviendo, si me niegas el derecho a amarte...», y al mismo tiempo la crepitante r. «... no ha olvidado a sus camaradas en el extranjero... ni la patria... ni su Austria...», y de nuevo, en medio, la otra voz como un sollozo,

como un grito ahogado: «Permíteme sólo que te ame... dame una sola señal...» Y entonces estallan y retumban como una salva los gritos de «¡Bravo, bravo, bravo!». Todos se han puesto en pie y firmes, como arrancados de las sillas por la copa levantada del coronel y de la pieza contigua llega clamoroso el toque de trompeta convenido: «¡Tres hurras por él!» Todos brindan y beben a la salud de Balinkay, que sólo espera que pase esta ducha para responder en tono relajado, frívolo y humorístico. Va a pronunciar unas pocas palabras sin pretensiones, sólo quiere decir que, a pesar de todo, en ninguna parte del mundo se encuentra tan a gusto como entre sus viejos camaradas y termina con el grito: —¡Viva el regimiento! ¡Viva su majestad, nuestro serenísimo jefe supremo, el emperador! Steinhübel hace una nueva señal al corneta, suena un nuevo toque, se canta a coro el himno nacional y acto seguido la inevitable canción de todos los regimientos austríacos, en la que cada uno pone su nombre con igual orgullo: «Somos del regimiento tal y tal de ulanos...» Luego Balinkay da la vuelta a la mesa, vaso en mano, para brindar con cada uno de los asistentes. De pronto, advertido por un codazo de mi vecino, noto un par de ojos que me saludan alegres: —Salud, camarada. Respondo amodorrado con una inclinación de cabeza; sólo cuando Balinkay se detiene ante el siguiente me doy cuenta de que he olvidado brindar con él. Pero todo vuelve enseguida a desaparecer en una confusa niebla en la que se mezclan borrosos rostros y uniformes. ¡Canastos...! ¿De dónde viene este humo azul que de pronto se me pone delante de los ojos? ¿Es que los otros ya han empezado a fumar y por eso siento de repente un calor tan sofocante? ¡Necesito beber algo, rápido! Vacío de un trago uno, dos, tres vasos, sin saber lo que bebo. ¡Tengo que quitarme de la garganta esa sensación amarga, repugnante! ¡Y también fumar algo pronto! Pero cuando busco la pitillera en el bolsillo, percibo de nuevo el crujir debajo de la guerrera: ¡la carta! La mano se retira convulsa. Una vez más sólo oigo a través de la confusa barahúnda las palabras suplicantes, sollozantes: «Permíteme sólo que te ame... ya sé que es una locura obligarte a nada...» Pero entonces un tenedor vuelve a golpear una copa pidiendo silencio. Es el comandante Wondraceck, que aprovecha cualquier ocasión para desahogar su manía poética en versos humorísticos y coplas. Todos lo sabemos: cuando Wondraceck se levanta, apoya su respetable barriguita en la mesa y trata de poner cara de avisado con continuos guiños, empieza inevitablemente la «parte divertida» de la velada. Ya está en posición, se ha puesto los quevedos ante los ojos un poco cansados y despliega detenidamente un folio. Es el obligado poema de circunstancias con el que cree amenizar cualquier fiesta y que en esta ocasión pretende guarnecer la biografía de Balinkay con bromas «incendiarias». Por cortesía de subalternos, o quizá porque habían bebido más de la cuenta, algunos de mis vecinos celebran riendo cada alusión. Finalmente, una ocurrencia acierta con tino y en toda la sala resuena un estruendoso «Bravo, bravo». Pero de pronto soy presa del terror. Esas risas bastas se me clavan en el corazón como una garra. ¿Cómo se puede reír así cuando alguien gime, cuando alguien sufre tan intensamente? ¿Cómo se puede bromear y contar chistes puercos cuando alguien muere de pena? Sé que, cuando Wondraceck termine de decir bobadas, empezará la gran juerga, el barullo y las barrabasadas. Cantarán, cantarán las nuevas estrofas de La posadera de Lahn, contarán chistes, reirán y reirán y reirán. De repente ya no veo los radiantes y bonachones rostros. ¿No ha escrito ella que le mandara sólo una nota, una sola palabra? ¿Y si llamo por teléfono? ¡No se puede hacer esperar tanto a una persona! Hay que decirle algo, hay que... «¡Bravo, bravísimo!», y todos aplauden, las sillas se rompen, el suelo retumba y se levanta una nube de polvo cuando cuarenta o cincuenta hombres alegres y un poco achispados se levantan de golpe. El comandante, orgulloso, de buen humor y un tanto infatuado, se quita los quevedos y pliega el folio, saludando con la cabeza a los oficiales que lo rodean para felicitarlo. Y yo aprovecho el tumulto para salir corriendo sin despedirme. Tal vez no se darán cuenta. Y si lo hacen, me trae sin cuidado, simplemente ya no puedo soportar estas risas, esta hilaridad placentera que, por decirlo así, se rasca la tripa. ¡No puedo, no puedo! —¿Se marcha ya, mi teniente? —me pregunta sorprendido el ordenanza del guardarropa. ¡Vete al diablo!, murmuro para mis adentros y paso de largo sin decir palabra. Mi único afán es cruzar la calle, doblar la esquina y subir las escaleras del cuartel hasta mi piso: ¡estar solo, solo! Los pasillos transpiran vacío, en algún lugar un centinela camina arriba y abajo, un grifo gotea, una bota cae, y sólo de uno de los dormitorios de la tropa, donde siguiendo las ordenanzas ya se han apagado las luces, llega un sonido suave y extraño. Sin querer, aguzo el oído: un grupo de rutenos canta o tatarea una canción melancólica. Siempre antes de acostarse, al quitarse el abigarrado traje extraño con botones de latón y al volver a no ser más que el hombre desnudo que en casa dormía sobre paja, se acuerdan de la patria, de los campos o quizá de una muchacha que querían, y cantan esas tristes melodías para olvidar lo lejos que están. Otras veces no había prestado atención a ese canturreo, porque no entiendo la letra, pero hoy su tristeza me emociona fraternalmente. ¡Ah, cómo deseaba sentarme junto a uno de ellos, hablar con él, aunque no me entendiera, porque quizá con una mirada compasiva de sus cándidos ojos de vaca lo comprendiera todo mejor que mis divertidos camaradas, sentados a la mesa en forma de herradura! ¡Tener a alguien que me ayude a salir de este desesperante embrollo! De puntillas, para no despertar a Kusma, mi ordenanza, que duerme en la antecámara con fuertes ronquidos, entro en mi habitación, sin encender la luz tiro la gorra, me quito el

sable y me desabrocho el corbatín, que me aprieta y ahoga desde hace rato. Luego enciendo la lámpara y me acerco a la mesa para poder leer al fin, ¡al fin! con tranquilidad la carta, la primera carta conmovedora que me ha escrito una mujer, a mí, muchacho joven e inseguro. Pero al instante me sobresalto, porque sobre la mesa —¿cómo es posible? — está la carta, iluminada por el círculo de luz de la lámpara, la carta que creía guardada en mi bolsillo interior... Sí, ahí está, en su sobre rectangular, azul, y con la letra que tan bien conocía. Vacilo un momento. ¿Estoy borracho? ¿Sueño con los ojos abiertos? ¿He perdido el juicio? Hace un momento, al quitarme la guerrera, he notado todavía el crujir de la carta en el bolsillo. ¿Estoy tan aturdido que la he dejado así, sin acordarme ya al cabo de un minuto? Meto la mano en el bolsillo. No —no podía ser de otro modo—, la carta todavía está ahí. Sólo ahora comprendo lo que pasa. Sólo ahora me despierto del todo. Esta carta que está sobre la mesa tiene que ser nueva, una segunda carta, que ha llegado más tarde, y el bueno de Kusma la ha dejado, previsor, junto al termo para que yo la encuentre nada más llegar. ¡Otra carta! ¡Dos cartas en dos horas! Al instante se me hace en la garganta un nudo de rabia e indignación. Eso será así todos los días ahora, todos los días y todas las noches, una carta tras otra. Si le escribo, volverá a escribirme; si no le contesto, me exigirá una respuesta. Siempre querrá algo de mí, todos los días, ¡todos los días! Me mandará mensajeros, me llamará por teléfono, espionará y hará espionaje cada paso mío, querrá saber cuándo salgo y cuándo vuelvo, con quién estoy y qué digo y hago y mi vida y milagros. Veo que estoy perdido..., ya no me soltarán... ¡Ah, el djin, el djin, el viejo lisiado! Nunca más volveré a ser libre, nunca me dejarán libre esos insatisfechos y desesperados, hasta que esta pasión insensata y desventurada acabe con uno de nosotros, ella o yo. No la leas, me digo. No la leas hoy por nada del mundo. ¡No te dejes enredar! No tienes fuerza suficiente para resistir esta presión que te arrastra y que te destruirá. ¡Es mejor que rompas la carta o la devuelvas sin abrir! ¡No permitas que se obligue a tu conciencia, a tu juicio y a tu discernimiento a aceptar la idea de que un ser completamente desconocido te ama! ¡Manda al infierno a todos los Kekesfalva! Antes no los conocía ni quiero seguir conociéndolos. Pero entonces, de pronto, me estremece la idea de que ella haya podido hacer algo contra ella misma porque no he respondido. ¿Y si despierto a Kusma y lo mando allá con una palabra de consuelo, de simple acuse de recibo? Pero no cargues con la culpa de nada, ¡nada de culpas! De modo que rasgo el sobre. Gracias a Dios, es una carta breve. Sólo una cara, diez líneas y sin encabezamiento. «¡Destruya enseguida mi primera carta! Estaba loca, completamente loca. Nada de lo que escribí es verdad. ¡Y mañana no venga a casa! ¡Le pido encarecidamente que no venga! Debo castigarme por haberme rebajado tan lamentablemente ante usted. De modo que mañana no venga bajo ningún concepto, no quiero, se lo prohíbo. ¡Y nada de respuestas! ¡En ningún caso quiero que me responda! Asegúrese de destruir mi carta anterior y olvide cada una de sus palabras. Y no piense más en ello.» Que no piense en ello... ¡Una orden infantil, como si unos nervios alterados pudieran jamás someterse a las riendas de la voluntad! ¡No pensar en ello, cuando los pensamientos te persiguen como caballos asustados y desbocados, con sus cascos martilleándote dolorosamente en el estrecho espacio entre las sienes! ¡No pensar en ello, mientras el recuerdo evoca febril e incesante imagen tras imagen, mientras los nervios vibran y tiemblan y todos los sentidos se tensan para la defensa y la resistencia! ¡No pensar en ello, mientras la carta sigue quemándote la mano con sus palabras ardientes, las cartas, la una y la otra, que uno coge y vuelve a dejar, que vuelve a leer y compara, la primera y la segunda, hasta que cada palabra queda grabada a fuego en el cerebro! No pensar en ello, cuando uno no es capaz de pensar sino en una sola y misma cosa: ¿cómo escapar, cómo defenderse? ¿Cómo salvarse de ese embate acucioso, de ese delirio indeseado? Que no piense en ello... Es lo que quiero, y apago la luz, porque la luz vuelve los pensamientos demasiado despiertos, demasiado reales. Intento ocultarme, esconderme en la oscuridad, me arranco la ropa del cuerpo para respirar con más libertad, me echo sobre la cama para volverme más insensible. Pero los pensamientos no descansan, como murciélagos revolotean erráticos y fantasmagóricos alrededor de los sentidos fatigados, hambrientos como ratones mordisquean y escarban en el plomizo cansancio. Cuanto más tranquilo descanso, más agitado se vuelve el recuerdo, tanto más excitantes las imágenes que flamean en la oscuridad; de modo que me levanto de nuevo y enciendo la luz para ahuyentar los fantasmas. Pero lo primero que la lámpara, hostil, atrapa en su círculo luminoso es el rectángulo claro de la carta, y en la silla cuelga la guerrera manchada; ambas cosas, recordatorio y advertencia. No pensar en ello... es lo que quiero, pero la voluntad no puede. Y doy vueltas por la habitación, arriba y abajo, abajo y arriba, abro el armario y los cajones del armario, uno tras otro, hasta que encuentro el frasco de vidrio con el somnífero y vuelvo tambaleándome a la cama. Pero no hay escapatoria. Incluso durmiendo, los incansables ratones de los negros pensamientos siguen escarbando y royendo la cáscara negra del sueño; son siempre los mismos, siempre los mismos, y a la mañana siguiente, al despertar, me siento como si los vampiros me hubieran vaciado y chupado toda la sangre. Por todo esto, ¡qué alivio el toque de diana, qué alivio el servicio, ese cautiverio mejor y más benigno! ¡Qué alivio montar a caballo y salir al trote con los demás, tener que estar en tensión y en alerta sin descanso! ¡Hay que obedecer y hay que mandar! En tres o quizá cuatro horas de

ejercicios, uno se evade de sí mismo a lomos del caballo. Al principio todo va bien. Afortunadamente tenemos un día ajetreado, ejercicios para preparar las maniobras y el desfile final en que cada escuadrón tiene que pasar en formación de despliegue delante del general en jefe, con las cabezas de los caballos y las puntas de los sables en perfecta alineación. Estos preparativos para el desfile exigen un condenado montón de trabajo, hay que comenzar de nuevo diez o veinte veces, no perder de vista ni a un solo ulano, y eso exige tanta atención de cada uno de los oficiales, que no puedo sino concentrarme enteramente en el trabajo y olvidarme de todo lo demás. ¡Gracias a Dios! Pero, durante una pausa de diez minutos para dejar tomar aliento a los caballos, mi mirada vagabunda roza por casualidad el horizonte. A lo lejos, en el azul de acero, centellean los prados con sus gavillas y segadores, la línea plana se eleva redonda y limpia hacia el cielo..., detrás del borde se divisa solitaria la silueta, el extraño contorno, de una torre, estrecha como un palillo. Un estremecimiento me recorre el cuerpo: es la torre, con su terraza. Forzosamente vuelvo a pensar en ella, forzosamente fijo la mirada allá y recuerdo: son las ocho, hace rato ya que se ha despertado y piensa en mí. Quizás el padre se acerca a la cama y ella le habla de mí, acosa y pregunta a Ilona o al criado si ha llegado alguna carta, la ansiosamente esperada noticia (¡debi haberle escrito, a pesar de todo!), o tal vez se ha hecho subir a la torre y, desde allí, asida a la balaustra, otea el horizonte, buscándome con la mirada, de la misma manera que yo tengo la vista fija en su dirección. Y apenas recuerdo que allí hay alguien que suspira por mí, siento otra vez en mi pecho aquella cálida atracción ya tan familiar, la maldita garra de la compasión y, aunque empieza de nuevo el ejercicio, de todas partes llegan entremezcladas voces de mando y los distintos grupos forman y rompen al galope y a la carrera según las órdenes dadas, y yo mismo grito «giro a la izquierda» y «giro a la derecha» en medio del barullo, sin embargo, en lo más profundo e íntimo de mi conciencia sigo pensando en lo que no quiero ni debo pensar. —¡Rayos y centellas! ¿Qué mamarrachada es ésta? ¡Atrás! ¡Separaos, chusma! Es nuestro coronel Bubencic, quien, rojo como un tomate, corre y vocifera por todo el campo de instrucción. Y no le falta razón al coronel. Alguien debe de haber dado mal las órdenes, pues dos columnas, una de ellas la mía, que tenían que hacer una conversión coordinadas, se han lanzado a plena carrera la una contra la otra y se han mezclado peligrosamente. En pleno tumulto, unos caballos huyen asustados, otros se encabritan, un ulano ha caído bajo los cascos, en tanto que los oficiales gritan furiosos. Se oye fragor de armas, relinchos de caballos, estampidos y estrépitos como en una batalla de verdad. Los oficiales acuden echando rayos y poco a poco consiguen más o menos deshacer el ruidoso nudo; a un estridente toque de corneta los escuadrones vuelven a alinearse en formación cerrada como antes y en un solo frente. Ahora se produce un tremendo silencio: todo el mundo sabe que habrá rendición de cuentas. Los caballos, echando espuma todavía por la agitación del choque y sintiendo tal vez también el nerviosismo contenido de los jinetes, tiemblan convulsos y, en consecuencia, la larga línea de yelmos oscila levemente como un hilo telegráfico tensado al viento. Hacia este inquieto silencio avanza el coronel montado en su caballo. Por la manera como se yergue en la silla, apoyado en los estribos y golpeando nervioso con la fusta sus botas de montar, presentimos la tormenta que se avecina. Un pequeño tirón a las riendas. El caballo se para. Todo el campo se estremece con un grito cortante (es como un golpe de machete): —¡Teniente Hofmiller! Ahora comprendo lo que ha ocurrido. Sin duda fui yo quien dio la orden equivocada. Debí distraerme. Pensaba otra vez en ese horrible asunto que me tiene completamente trastornado. La culpa es sólo mía. Toda la responsabilidad recae sobre mí. Una ligera presión de las piernas, y mi caballo pasa al trote por delante de mis compañeros, que, penosamente impresionados, desvían la mirada, y se dirige hacia el coronel, que espera inmóvil a unos treinta pasos de la formación. Me detengo a la distancia reglamentaria; entretanto se ha extinguido hasta el más leve rumor y ruido. Se produce ese silencio último, el más absoluto, ese silencio verdaderamente mortal que en una ejecución precede a la orden de «fuego». Todos los que están a mi espalda, hasta el último campesino ruteno, saben lo que me espera. No quiero recordar lo que pasó entonces. Es verdad que el coronel baja a propósito su voz áspera y chillona, para que la tropa no oiga las rudas groserías que me dedica, pero de vez en cuando le sube a la garganta y rasga el silencio una de las más sabrosas palabrotas que le dicta la ira, como «burrada» o «cochino modo de dar órdenes». Y, sin embargo, por la manera como me regaña, rojo como un cangrejo y acompañando cada staccato con un sonoro golpe contra la bota, todos tienen que ver, hasta los de la última fila, que me está echando un rapapolvo peor que a un crío de parvulario; siento mi espalda atravesada por cien miradas curiosas, quizás irónicas, mientras el colérico chusquero me cubre de estiércol verbal. Hace muchos meses que a ninguno de nosotros le caía una granizada como a mí en este radiante y azul día de junio, con su cielo surcado por alegres golondrinas que nada sospechan. Me tiemblan las manos en las riendas, de impaciencia y de ira. Quisiera dar un golpe a la grupa del caballo y salir al galope, pero, inmóvil y con el rostro impassible según manda el reglamento tengo que soportar que Bubencic me sermonee, diciendo para terminar que no tolera que un miserable papanatas como yo le estropee el ejercicio entero, que mañana oiré unas cuantas cosas más y que por hoy no quiere volver a ver mi estampa. Luego lanza un despectivo «¡Retírese!», fuerte y duro

como un puntapié, acompañado como remate final por un último latigazo contra la bota. Yo tengo que llevarme obedientemente la mano al yelmo antes de dar media vuelta y regresar a la formación; ni uno de mis camaradas me mira abiertamente, el bochorno les hace esconder los ojos bajo la sombra de los cascos. Por fortuna una orden acorta este paso mío por las baquetas. A un toque de corneta empieza el ejercicio de nuevo; la formación se rompe y se separa en distintas columnas. Y Ferencz aprovecha este momento —¿por qué los más bobos son siempre los de mejor corazón?— para acercarse como por casualidad en su caballo y susurrarme: —No le hagas caso, eso puede ocurrirle a cualquiera. Pero llega en mal momento, el pobre, pues yo le contesto con rudeza: —Mejor ocúpate de tus propios asuntos. —Y lo esquivo con brusquedad. En este instante experimento por primera vez en mi propia carne cuán torpemente se puede herir con la compasión. Por primera vez y demasiado tarde. ¡Dejarlo! ¡Mandar todo al cuerno!, pienso, mientras regresamos a la ciudad. ¡Irme, fuera de aquí, a cualquier parte, donde nadie me conozca, donde uno sea libre de todo y de todos! ¡Marcharme, escapar, huir! ¡Nunca más ver a nadie, nunca más dejarse adorar, nunca más dejarse humillar! ¡Irme, irme...! Inconscientemente la palabra se confunde con el ritmo del trote. Una vez en el cuartel, tiro rápidamente las riendas a un ulano y abandono enseguida el patio. Hoy no quiero sentarme en el comedor de oficiales, no quiero dejar que se burlen de mí y menos que me compadezcan. Pero no sé muy bien adónde ir. No tengo ningún plan premeditado ni una meta: me he hecho inaceptable en mis dos mundos, el de dentro y el de fuera. Tengo que irme, irme, siguen martilleándose esas palabras en las sienes, irme, retumba el pulso en las venas, salir de aquí, a cualquier parte, pero lejos del maldito cuartel, lejos de la ciudad! ¡Enfilar una vez más la asquerosa carretera y seguir, siempre adelante! Pero de pronto alguien muy cerca de mí me saluda con un cordial «¡Hola!» ¿Quién me saludará con tanta familiaridad? ¿Ese señor alto, de paisano, con pantalones de montar, chaqueta deportiva y gorra escocesa? No lo he visto nunca, no lo recuerdo. El desconocido está junto a un automóvil, alrededor del cual dos mecánicos vestidos con monos azules se afanan a martillazos. Entonces se me acerca, evidentemente sin darse cuenta de mi perplejidad. Es Balinkay, al que siempre he visto sólo de uniforme. —Vuelve a tener cistitis —me dice sonriendo y señalando el coche—. Le pasa en cada viaje. Creo que tendrán que pasar todavía veinte años antes de que se pueda viajar seguro en estos cacharros. Era mucho más fácil con nuestros buenos y viejos jamelgos, por lo menos nosotros entendíamos algo de eso. Instintivamente siento una gran simpatía hacia este desconocido. Todos sus gestos denotan una gran seguridad y posee además la mirada cálida y clara del hombre despreocupado y bohemio. Y apenas me llega este saludo inesperado, surge en mí el pensamiento de: en éste puedes confiar. Y en el minúsculo espacio de un segundo, toda una cadena de ideas se une a este primer pensamiento con la rapidez de relámpago con la que nuestro cerebro funciona en momentos de tensión. Es un paisano, dueño de sí mismo. Ha vivido algo parecido a lo mío. Ayudó al cuñado de Ferencz, ayuda a todos de buen grado, ¿por qué no puede ayudarme también a mí? Antes ya de haber recuperado el aliento, toda esta cadena voladora y centelleante de reflexiones atropelladas se ha fundido en una decisión repentina. Cobro valor y me acerco a Balinkay. —Perdona —le digo, y a mí mismo me asombra mi desenvoltura—, pero ¿podrías dedicarme cinco minutos? Queda un tanto perplejo, pero enseguida veo resplandecer sus dientes. —Será un placer, querido Hoff... Hoff... —Hofmiller —completo yo. —A tu entera disposición. Faltaría más que no tuviera tiempo para un camarada. ¿Quieres que bajemos al restaurante o subimos a mi habitación? —Mejor arriba, si no te importa, y de verdad que serán sólo cinco minutos. No te entretendré. —Todo el tiempo que quieras. Todavía pasará media hora antes de que reparen ese trasto. Lo malo es que no vas a estar muy cómodo en mi habitación. El posadero siempre quiere darme la habitación de lujo del primer piso, pero por motivos sentimentales siempre ocupo la vieja, la de entonces. Allí, una vez..., pero no hablemos de eso. Subimos. En verdad es una habitación muy modesta para un hombre tan rico. Una sola cama, ningún armario, ningún sillón, sólo dos simples sillas de rejilla entre la ventana y la cama, Balinkay saca su tabaquera de oro, me ofrece un cigarrillo y me facilita amablemente las cosas empezando a hablar sin rodeos: —Bueno, pues, querido Hofmiller, ¿en qué puedo serte útil? Déjate de preámbulos, pienso, y le digo directamente: —Quería pedirte consejo, Balinkay. Quiero abandonar el servicio y marcharme de Austria. Tal vez sepas de algo para mí. Balinkay se pone serio de repente. El rostro se le pone tenso. Arroja el cigarrillo. —Un disparate..., ¡un muchacho como tú! ¡Qué ocurrencia! Pero de pronto se apodera de mí una tenaz obstinación. Noto que la decisión en la que ni siquiera pensaba todavía diez minutos antes se vuelve firme y fuerte como el acero. —Querido Balinkay —digo con la sequedad que rechaza toda discusión—, ten la bondad de ahorrarme las explicaciones. Cada uno sabe lo que quiere y lo que debe hacer. Desde fuera otro no lo puede entender. Créeme, tengo que hacer borrón y cuenta nueva. Balinkay me mira con ojos escrutadores. Debe de haber comprendido que hablo en serio. —No quiero inmiscuirme, pero créeme, Hofmiller, estás cometiendo una tontería. No sabes lo que haces. Calculo que tienes veinticinco o veintiséis años y te falta poco para llegar a teniente. Y esto ya es mucho. Aquí tienes un rango, representas algo. Pero en el momento en que quieras empezar una nueva vida, el último bribón y el más sucio dependiente de una tienda te

aventajarán, por el simple hecho de que no cargan a la espalda como una mochila todos nuestros estúpidos prejuicios. Créeme, cuando nos quitamos el uniforme, no nos queda mucho de lo que éramos antes, y sólo te pido una cosa: no te engañes por que yo haya conseguido salir con éxito del estiércol. Fue pura casualidad, algo que ocurre una vez en mil casos, y prefiero no saber cómo les va hoy a los otros, a quienes Dios no sostuvo el estribo tan benévolutamente como a mí. Hay algo convincente en su determinación, pero siento dentro de mí que no puedo ceder. —Ya sé que es una caída, un descenso —confirmo—, pero aun así tengo que irme, no tengo otra posibilidad. Hazme el favor de no tratar de disuadirme. Sé que no soy especial y tampoco he aprendido nada en especial, pero si de verdad estás dispuesto a recomendarme a alguien, te prometo que no te haré quedar mal. Sé que no soy el primero, también conseguiste un empleo al cuñado de Ferencz. —¿Jonas? —Balinkay chasquea los dedos con menosprecio—. Pero, por favor, ¿quién era ése? Un pequeño funcionario de provincias. A uno así es fácil ayudarlo. Basta con sacarlo de un taburete y sentarlo en otro mejor, y ya se cree Dios. Le daba igual dónde gastaba los pantalones, puesto que no estaba acostumbrado a nada mejor. Pero idear algo para alguien que ha lucido una estrella en el cuello ya es harina de otro costal. No, mi querido Hofmiller, los pisos superiores están siempre ocupados. Quien quiere comenzar de paisano, tiene que instalarse abajo, en el sótano, donde no huele precisamente a rosas. —No me importa. Debo haberlo dicho con vehemencia, pues Balinkay me mira primero con curiosidad y luego con un singular pasmo, como de alguien que viene de lejos. Finalmente acerca la silla y me pone la mano sobre el brazo. —Oye, Hofmiller, yo no soy tu tutor y no tengo que darte lecciones, pero cree a un camarada que ha pasado por eso: sí importa, y mucho, caer de golpe de arriba abajo, de tu caballo de oficial en medio del lodo... Te lo dice uno que estuvo en este sórdido cuartucho desde las doce del mediodía hasta el anochecer repitiéndose exactamente lo mismo: «No me importa.» Poco antes de las once y media me di de baja al dar el parte. No quería volver a sentarme con los demás en el comedor de oficiales ni andar de paisano por las calles a plena luz del día. De modo que cogí esta habitación..., ahora comprenderás por qué me gusta tener siempre la misma..., y esperé aquí hasta que oscureció para que nadie viera con ojos compasivos que Balinkay huía a hurtadillas con su raído traje gris y un sombrero hongo en la cabeza. Me quedé allí, de pie junto a la ventana, mirando por última vez el bullicio de las calles. Mis camaradas paseaban vestidos con su uniforme, erguidos, derechos y libres, cada uno cual un pequeño dios y cada uno sabiendo quién era y de dónde era. Entonces comprendí por primera vez que yo no era más que una basura en este mundo; era como si me hubiera arrancado la piel junto con el uniforme. Naturalmente ahora tú piensas que es una tontería, que un paño es azul y el otro es negro o gris y que da lo mismo pasear con un sable o con un paraguas. Pero todavía hoy siento en todos los huesos el escalofrío de aquella noche, cuando me deslicé hasta la estación y en la esquina dos ulanos pasaron junto a mí sin saludarme. Y recuerdo cómo tuve que llevar la maleta yo mismo y sentarme en tercera clase entre campesinas sudorosas y obreros... Sí, ya sé que todo esto es una tontería y una injusticia y que nuestro llamado honor profesional es puro adorno..., ¡pero uno lo lleva en la sangre después de cuatro años de academia militar y ocho de servicio! Al principio uno se siente como mutilado o como alguien que tiene una pústula en medio de la cara. ¡Dios no quiera que tengamos que pasar por eso! Ni por todo el dinero del mundo quisiera revivir aquella noche en que salí de aquí a hurtadillas y evité todas las farolas hasta la estación. Y aquello fue sólo el comienzo. —Pero, Balinkay, por esto mismo quiero irme lejos de aquí, a algún lugar donde no haya nada de todo esto y nadie vuelva a saber de mí. —¡Exactamente así hablaba yo, Hofmiller, exactamente así pensaba! ¡Irme muy lejos, para que todo quede borrado, tabula rasa! Mejor ser limpiabotas o lavaplatos en América, como empezaron los grandes millonarios, según cuentan los periódicos. Pero, para llegar allí, Hofmiller, también hace falta un buen puñado de dinero, y tú aún no sabes lo que significa para nosotros hacer reverencias. Tan pronto como un ulano deja de sentir el cuello con las estrellas alrededor de la garganta, ya ni siquiera es capaz de guardar el decoro como antes y menos aún de hablar como estaba acostumbrado. Parece estúpido y apocado entre sus mejores amigos y, cuando va a pedir un favor, el orgullo le tapa la boca de golpe. Sí, mi querido amigo, viví muchas experiencias entonces, de las cuales prefiero no acordarme, ofensas y humillaciones de las que todavía no he hablado a nadie. Se había puesto de pie e hizo un gesto brusco con los brazos, como si de pronto la chaqueta le resultara demasiado estrecha. De repente se volvió. —Por lo demás, a ti te lo puedo contar tranquilamente, porque hoy ya no me avergüenzo de ello y a ti quizá te hará bien apagar a tiempo las luces románticas. Volvió a sentarse y acercó más su silla. —Seguramente también a ti te habrán contado la historia de mi gloriosa pesca, ¿verdad?, cuando conocí a mi mujer en el hotel Shepherd. Sé que circula por todos los regimientos y que, si por ellos fuera, la publicarían y la convertirían en libro de lectura como acto heroico de un oficial imperial. Bueno, pues tan gloriosa no fue la cosa; lo único de verdad que hay en la historia es que realmente conocí a mi mujer en el hotel Shepherd. Pero sólo yo y ella sabemos cómo la conocí, y ella no lo ha contado a nadie y yo, hasta ahora, tampoco. Y te lo cuento a ti sólo para que entiendas que no todo el monte es orégano... En fin, en pocas palabras: cuando la conocí en el hotel Shepherd, yo trabajaba allí..., ahora no te asustes...,

trabajaba de camarero de habitaciones... Sí, amigo mío, era un simple y vulgar criado. No llegué a ese puesto por placer, claro, sino por estupidez, por nuestra lamentable inexperiencia. En mi sórdida pensión de Viena vivía un egipcio, y este individuo me vino con el cuento de que su cuñado era el director del Real Club de Polo de El Cairo y que, si le daba una comisión de doscientas coronas, me conseguiría allí un empleo de entrenador. Decía que allí la gente se entusiasmaba con los buenos modales y los nombres de buena familia. Bueno, yo siempre había sido el mejor en los torneos de polo, y el sueldo del que me hablaba era magnífico... En tres años habría podido reunir lo suficiente para luego empezar algo más decoroso. Además, El Cairo está lejos y el polo brinda la oportunidad de relacionarse con gente de lo mejorcito. De modo que acepté encantado. Bueno, no te quiero aburrir contándote las docenas de puertas a las que tuve que llamar y la cantidad de abochornadas excusas que tuve que oír de labios de los llamados viejos amigos antes de sacarles unos cientos de coronas para el viaje y el equipo... Y es que para un club tan distinguido hacía falta un traje de montar y un frac, y había que presentarse decentemente. A pesar de viajar en el entrepuente, a mi llegada a El Cairo andaba corto de dinero. En total sonaban en mi bolsillo siete piastras y, cuando toqué el timbre del Club de Polo, un negro se me quedó mirando con cara de bobo y me dijo que no conocía a ningún señor Efdopulos y no sabía nada de ningún cuñado y no necesitaban a ningún entrenador y que, además, el club estaba a punto de cerrar... Comprendes ahora que aquel egipcio era, naturalmente, un miserable granuja que me estafó, imbécil de mí, las doscientas coronas, y yo no había sido lo bastante listo para exigirle que me mostrara las supuestas cartas y los telegramas. Sí, mi querido Hofmiller, no estamos a la altura de estos canallas, y eso que no era la primera vez que me la daban con queso buscando trabajo. Pero esta vez fue un golpe directo en el estómago, porque me encontraba en El Cairo, con siete piastras en el bolsillo y sin conocer un alma, y esa ciudad no es tan sólo calurosa, sino también terriblemente cara. Te ahorraré los detalles de cómo viví allí y qué comí los primeros seis días; yo mismo me asombro de haberlo resistido. Mira, en un caso así, otro va al consulado y consigue que lo devuelvan a casa rápidamente. Pero ahí está el quid: nosotros no sabemos hacer esto. Somos incapaces de sentarnos en el banco de una antesala, con obreros portuarios y cocineras despedidas, y de aguantar la mirada con que te observa un pequeño funcionario consular cuando deletrea tu nombre en el pasaporte: «Barón Balinkay.» Preferimos que nos echen a los perros. Imagínate, pues, la suerte que tuve cuando me enteré por casualidad de que necesitaban un camarero suplente en el hotel Shepherd. Y como yo tenía frac, además nuevo (el traje de montar me había servido para vivir los primeros días) y sabía francés, se dignaron tomarme a prueba. Bueno..., desde fuera, eso aún parece tolerable: estás ahí con una pechera de un blanco immaculado, sirves y haces cortesías, quedas bien; pero esto de tener que dormir en una buhardilla con otros dos, bajo un techo abrasador, con siete millones de pulgas y chinches, y por la mañana lavarse los tres, uno tras otro, en la misma palangana, y que a nosotros nos quemara la mano como fuego cuando nos echan una propina, etcétera, etcétera... En fin, ¡pelillos a la mar! ¡Basta con haberlo vivido! ¡Basta con haberlo superado! »Y luego, lo de mi mujer. Había quedado viuda poco antes y había venido a El Cairo con su hermana y su cuñado. Y ese cuñado era el individuo más vulgar que puedas imaginarte, ancho, gordo, fofo, insolente, y había algo en mí que lo irritaba. Quizá me encontraba demasiado elegante, o quizá no inclinaba bastante la espalda ante el señor, lo cierto es que una vez ocurrió que, al no servirle el desayuno a su debido tiempo, me gritó: "¡Torpe!" Y ya sabes, esto es algo que se te clava en la carne, cuando has sido oficial... Antes de darme cuenta, me sentí de repente arrebatado como un caballo al que fustigan, me enfurecí..., y la verdad es que faltó cosa de un pelo para que le arreara un puñetazo en la cara. Bueno... en el último momento recuperé el aplomo, porque, ¿sabes?, eso de hacer de camarero me lo había tomado siempre como una mascarada y al cabo de un momento (no sé si lo comprenderás) incluso me produjo una cierta gracia sádica el que yo, Balinkay, tuviera que tolerar semejante afrenta de un sucio vendedor de quesos. Así pues, me quedé quieto y le dediqué una pequeña sonrisa...; sí, le sonreí, pero de arriba abajo, ¿sabes?, por debajo de la nariz, de modo que el individuo se puso verde de rabia, porque acababa de darse cuenta de que de alguna manera yo era superior a él. Después salí de la habitación más frío que un témpano e incluso le hice una reverencia tan especialmente cortés como irónica... Él casi reventó de rabia. Pero mi mujer, quiero decir la que ahora es mi mujer, estaba allí; también ella debió de notar algo de lo que había pasado entre nosotros dos y de algún modo se había dado cuenta, como me confesó más tarde, por la manera como me enfurecí, de que nadie en toda mi vida se había permitido algo así conmigo. Me siguió al pasillo para decirme que su cuñado estaba un poco nervioso y que, por favor, no se lo tomara a mal... Bueno, y para que sepas toda la verdad, incluso trató de darme un billete de banco a escondidas para arreglar el asunto. »Como rechacé el billete, debió de caer en la cuenta por segunda vez de que algo no cuadraba con mi condición de camarero. Pero con esto se habría terminado el asunto, pues en unas semanas yo había ahorrado suficiente dinero para poder volver a casa y no tener que ir a mendigar al consulado. Fui hasta allí sólo para buscar información. Y entonces el azar vino en mi ayuda, una de esas casualidades que se dan una vez entre mil, pues resulta que el cónsul pasó en aquel momento por la antesala y no era otro que el

Elemér von Juhász con el que sabe Dios las veces que me había sentado en el Club de Jockeys. Pues bien, enseguida me abrazó y me invitó a su club y por otra casualidad de la vida (ya ves, una casualidad tras otra, y te lo cuento para que comprendas cuántas casualidades extravagantes tienen que darse cita para sacarnos del fango): mi actual mujer estaba allí. Cuando Elemér me presentó como su amigo, el barón Balinkay, ella se ruborizó. Naturalmente me había reconocido enseguida y ahora le resultaba de lo más abominable el asunto de la propina. Pero al punto me di cuenta de que se trataba de una persona noble y decente, pues no fingió no saber nada, sino que lo reconoció todo de inmediato franca y llanamente. Todo lo demás se arregló pronto y no viene al caso ahora. Pero, créeme, un cúmulo de casualidades como éste no se da todos los días y, a pesar de mi dinero y de mi mujer, por la que doy gracias a Dios mil veces cada mañana y cada noche, no quisiera revivir lo que viví antes. Involuntariamente tendí la mano a Balinkay. —Te agradezco sinceramente que me hayas advertido. Ahora sé mejor todavía lo que me espera. Pero, palabra de honor, no veo otra salida. ¿De veras no sabes de nada para mí? Según dicen, tenéis grandes negocios. Balinkay calló un momento, luego suspiró comprensivo. —Pobre muchacho, deben de acosarte de lo lindo... No temas, no te haré preguntas, ya veo bastante. Cuando se ha llegado a este punto, de nada sirve ya tratar de aconsejar o de disuadir. En todo caso hay que intervenir como camarada, y no hace falta que te jure que por mí no quedará. Sólo una cosa, Hofmiller: espero que seas lo bastante razonable para no imaginarte que puedo llevarte de la mano al brillo y a la gloria de buenas a primeras. Eso no se da en ninguna actividad humana como es debido, porque sólo hace mala sangre entre los otros el que uno les pase por encima sin más. Hay que empezar desde abajo, quizá tendrás que pasar unos meses en una oficina escribiendo estupideces antes de que puedan enviarte a las plantaciones o encontrarte otra cosa por arte de magia. En todo caso, como te decía, yo lo arreglaré. Mañana partimos, mi esposa y yo, pasaremos ocho o diez días haciendo el turista en París, luego iremos unos días a Le Havre y Amberes, para inspeccionar las agencias. Pero dentro de tres semanas, aproximadamente, estaremos de vuelta y te escribiré en cuanto lleguemos a Rotterdam. Pierde cuidado, no te olvidaré. Puedes confiar en Balinkay. —Lo sé —dije— y te estoy muy agradecido. Pero Balinkay debió notar un leve desencanto en mis palabras (probablemente él había vivido algo parecido, pues sólo aquel que ha tenido tales experiencias percibe semejantes matices). —¿O... o te parece demasiado tarde? —No —titubeé—, sabiéndolo ya con seguridad, claro que no. Pero... pero hubiera preferido que... Balinkay reflexionó un instante. —¿Hoy, por ejemplo, no tendrías tiempo...? Quiero decir que mi esposa está todavía en Viena y, puesto que el negocio es suyo y no mío, ella tiene la última palabra. —Sí... claro que estoy libre —me apresuré a contestar. Acababa de acordarme que el coronel no quería volver a ver mi «estampa» aquel día. — ¡Bravo! ¡Magnífico! Entonces lo mejor será que vengas conmigo en el cacharro. Todavía hay sitio delante, al lado del chófer. No puedes venir detrás, porque he invitado a mi viejo amigo de aquí, el barón Lajos, con los suyos. A las cinco estaremos en el Bristol, hablaré enseguida con mi esposa y con esto habremos ganado tiempo. Nunca ha dicho que no cuando le he pedido algo para un camarada. Le di un apretón de manos. Bajamos las escaleras. Los mecánicos ya se habían quitado el mono azul y el automóvil estaba listo; dos minutos después salíamos a la carretera entre los traqueteos y los chisporroteos del coche. La velocidad tiene algo de embriagador y aturde tanto el cuerpo como el alma. Apenas el coche dejó las calles de la ciudad y salió a campo abierto con sus bufidos, me invadió una extraña relajación. El chófer aceleró la marcha; los árboles y los postes de telégrafos se hacían atrás como cortados al sesgo; en los pueblos las casas se superponían como en una fotografía movida; las blancas piedras miliares se levantaban de pronto y se escondían de nuevo antes de que tuviéramos tiempo de leer los números, y por los turbulentos golpes del viento contra mi cara noté la temeraria velocidad con que viajábamos. Pero más asombrosa todavía era quizá la velocidad con que mi vida echaba a correr al mismo tiempo: ¡cuántas decisiones había tomado en aquellas pocas horas! Por lo común, sentimientos indefinidos se ciernen y oscilan en infinitos matices entre el deseo vago, el propósito indeciso y la realización definitiva, y uno de los placeres más secretos del corazón es jugar, inseguro, con las decisiones antes de llevarlas a la práctica con plena conciencia. En esta ocasión, sin embargo, todo me sobrevino con una velocidad de ensueño y, así como tras el coche los pueblos, las calles, los árboles y los prados caían tambaleantes en la nada, definitivamente y sin retorno, así desaparecía de golpe y a gran velocidad todo lo que hasta entonces había sido mi vida diaria, el cuartel, la carrera, los compañeros, los Kekesfalva, el castillo, mi habitación, la escuela de equitación, toda mi existencia aparentemente tan ordenada y segura. Una sola hora había bastado para cambiar mi mundo interior. A las cinco y media nos detuvimos frente al hotel Bristol, zarandeados, cubiertos de polvo y, sin embargo, maravillosamente reanimados por la velocidad. —Así no puedes presentarte ante mi esposa —dijo Balinkay sonriéndome—. Parece que te hayan vaciado un saco de harina encima. Quizá será mejor que hable primero con ella a solas, así podré explicarme con más libertad y tú no tendrás que sentirte incómodo. Lo más sensato es que vayas al guardarropa, te laves a fondo y luego te instales en el bar. Yo bajaré al cabo de unos minutos para darte la respuesta. Y no te preocupes. Arreglaré este asunto a tu gusto. Efectivamente, no me hizo

esperar mucho tiempo. Al cabo de cinco minutos entraba riendo. —¿No te lo dije? Todo resuelto, es decir, si te parece bien. Tiempo de prueba ilimitado y posibilidad de renuncia en cualquier momento. Mi esposa, que es en verdad una mujer inteligente, ha encontrado de nuevo la solución más adecuada. En suma, embarcarás enseguida, sobre todo para que aprendas idiomas y veas cómo es todo aquello de allá. Serás ayudante del sobrecargo, te darán un uniforme, comerás a la mesa de oficiales, viajarás unas cuantas veces a las Indias Holandesas y ayudarás en el papeleo. Luego ya te colocaremos en alguna parte, aquí o allá, como gustes. Mi esposa me lo ha prometido formalmente. —Muchas gra... —Nada de gracias. Es natural que te echara una mano. Pero insisto, Hofmiller, no te precipites. Por mí, te puedes embarcar y presentar pasado mañana. De todos modos telegrafiaré al director para que tome nota de tu nombre, pero, desde luego, sería mejor que lo consultaras con la almohada. Preferiría verte en el regimiento, pero chacun a son goût. Como te decía, si vienes, pues muy bien, y si no, no te vamos a poner pleito... Bueno — me tendió la mano —, vengas o no, sea cual sea tu decisión, ha sido un placer. Adiós. Miré con sincera emoción al hombre que el destino me había enviado. Con maravillosa facilidad me había quitado de encima lo más pesado, rogar y titubear, y la martirizante zozobra antes de tomar la decisión, de modo que sólo me quedaba por cumplir una pequeña formalidad: redactar mi renuncia. Luego quedaría libre y a salvo. El llamado «papel de oficio», una hoja de folio de un formato determinado, medido al milímetro según las normas prescritas, era tal vez el requisito más imprescindible de la administración civil y militar austríaca. Cada solicitud, cada acta, cada comunicación, debía presentarse en este papel pulcramente cortado que, por la singularidad de la forma, distinguía claramente todo lo oficial de lo privado. Es posible que en los miles y millones de estas hojas amontonadas en los negociados se pueda consultar un día con absoluta habilidad la auténtica vida y milagros de la monarquía de los Habsburgo. No se consideraba correcta ninguna notificación que no estuviera redactada en uno de estos rectángulos blancos. Por lo que mi primera gestión consistió en comprar dos de estos folios en el estanco más cercano, además del llamado «perezoso» —una muestra de papel rayado—, así como el correspondiente sobre. Luego pasé al otro lado de la calle y entré en un café, que es donde en Viena se despacha todo, lo más serio como lo más informal. En veinte minutos, es decir a las seis, podía haber escrito la solicitud y, por lo tanto, pertenecerme de nuevo única y exclusivamente a mí mismo. Recuerdo con inquietante claridad —al fin y al cabo fue la decisión más importante de mi vida hasta entonces— todos los detalles de aquella emocionante tarea, la mesita de mármol redonda junto a la ventana de un café del Ring, la carpeta sobre la que desplegué el folio y que luego doblé cuidadosamente por la mitad con un cuchillo, para que el pliegue resultara impecable. Todavía veo ante mí, como en una fotografía, la tinta de color negro azulado, un tanto acuosa, y siento el pequeño arranque con el que me puse a dar a las primeras letras el impulso más indicado, rotundo y enfático. Me seducía la idea de llevar a cabo mi último acto militar con especial corrección; como el contenido estaba establecido por una fórmula, sólo podía expresar la solemnidad del acto con una especial pulcritud y perfección de los trazos. Pero ya cuando escribía las primeras líneas, me interrumpió un raro ensueño. Me detuve y me puse a reflexionar sobre lo que ocurriría al día siguiente, cuando la solicitud llegara al regimiento. Primero, probablemente, una mirada perpleja del sargento primero del despacho, después cuchicheos de sorpresa entre los escribientes subalternos, pues no ocurría todos los días que un teniente diera al traste con su cargo. A continuación, la hoja seguiría los trámites reglamentarios de un despacho a otro, hasta llegar al coronel en persona; de pronto lo vi delante de mis ojos, calándose los quevedos ante sus ojos présbitas, quedando desconcertado al leer las primeras palabras y luego golpeando con el puño sobre la mesa a su modo colérico; el rudo militar estaba demasiado acostumbrado a que los subordinados a los que acababa de cubrir de improperios menearan de nuevo la cola felices cuando al día siguiente les diera a entender con palabras joviales que la tormenta había pasado definitivamente. Pero esta vez se daría cuenta de que había topado con otro cabezota, con el pequeño teniente Hofmiller, que no se dejaba abroncar. Y cuando más adelante se llegara a saber que Hofmiller dejaba el servicio, involuntariamente veinte o cuarenta cabezas se levantarían asombradas. Todos los compañeros pensarían para sus adentros: ¡Caramba, qué tío! ¡Tiene malas pulgas! El asunto podría resultar muy desagradable incluso para el coronel Bubencic... En cualquier caso, nadie en el regimiento había dejado el servicio más honrosamente, nadie había dejado el uniforme con más decencia, que yo recuerde. No me avergonzó confesar que, mientras me imaginaba todo esto, me invadió una curiosa autocomplacencia. Y es que la vanidad constituye uno de los impulsos más fuertes en todos nuestros actos, y las naturalezas débiles sucumben con particular facilidad a la tentación de hacer algo que, desde fuera, produzca una impresión de fuerza, valor y decisión. Por primera vez tenía entonces la oportunidad de demostrar a los compañeros que yo era de los que se respetan a sí mismos, todo un hombre. Terminé de escribir las veinte líneas con trazos cada vez más rápidos y, según creo, cada vez más enérgicos; lo que al principio no había sido más que una tarea enojosa se convirtió de pronto en un placer personal. Sólo faltaba la firma... y todo listo. Consulté el reloj: las cinco y media. Llamé al mozo y pagué. Luego, una vez más, la última, pasear en uniforme por el Ring y

regresar en el tren nocturno. A la mañana siguiente entregaría el papelucho, con lo que todo sería ya irrevocable y empezaría una nueva existencia. De modo que cogí el folio y lo doblé primero a lo largo, luego a lo ancho, para guardar cuidadosamente el inexorable documento en el bolsillo interior. Entonces ocurrió lo inesperado. Ocurrió lo siguiente: en aquel medio segundo en el que, seguro de mí mismo, resuelto e incluso alegre (siempre produce alegría liquidar un asunto), metí el abultado sobre en el bolsillo, percibí un crujido de resistencia de allí dentro. «¿Qué hay aquí?», pensé involuntariamente y metí la mano. Pero mis dedos retrocedieron con un movimiento brusco, como si hubieran comprendido lo que era aquella cosa ahí olvidada antes de que yo mismo me acordara. Era la carta de Edith, sus dos cartas de la víspera, la primera y la segunda. Soy incapaz de describir con precisión el sentimiento que me embargó en el instante de este repentino recuerdo. Creo que no fue tanto de espanto como de infinita vergüenza, pues en aquel momento se rasgó una niebla ante mis ojos, o más bien una ofuscación de mis sentidos. Con la rapidez de un rayo, comprendí que todo lo que había hecho en las últimas horas era completamente falso: tanto la rabia por haber metido la pata como el orgullo por la heroica renuncia. Si me retiraba tan de repente, no era porque el coronel me hubiera echado un sermón (al fin y al cabo esto ocurría todas las semanas); en realidad yo huía de los Kekesfalva, de mi engaño, de mi responsabilidad, me escapaba porque no podía soportar ser amado en contra mi voluntad. Al igual que un moribundo se olvida de su tormento mortal a causa de un dolor de muelas pasajero, así también yo había olvidado (o quería olvidar) lo que en realidad me atormentaba, lo que me acobardaba y, en su lugar, había pretextado como motivo de mi deseo de huir aquel percance, en el fondo insignificante, ocurrido en el campo de instrucción. Pero ahora veía que no se trataba de una renuncia heroica por una ofensa a mi honor. Era una huida cobarde y miserable. Pero las cosas hechas tienen un poder especial. Ahora que ya estaba escrita mi solicitud de renuncia, no quería rectificar. ¡Al diablo!, me dije furioso. ¡Qué me importa que allí fuera alguien me espere y lloriquee! Bastante me han enojado y embrollado. ¿Qué me importa que allí fuera una desconocida me ame? Con sus millones pronto encontrará a otro y, si no, no es asunto mío. ¡Basta con que lo mande todo a paseo, basta con que me quite el uniforme! ¿Qué me importa todo este histerismo de si se curará o no? ¡Yo no soy médico...! Pero, al pronunciar en mi interior la palabra «médico», mis pensamientos se detuvieron de pronto, como se para a una señal una máquina que gira vertiginosamente. Con la palabra «médico» me vino a las mientes Condor. Y también recordé que aquél era asunto suyo, ¡suyo!, me dije al momento. Le pagan para que cure enfermos. Ella es paciente suya y no mía. Quien la armó que la desarme. Lo mejor será ir a verlo y decirle que abandono la partida. Miro el reloj. Las siete menos cuarto, y el tren no sale hasta pasadas las diez. Tengo, pues, tiempo de sobra, y no tengo mucho que explicar, sólo que, por lo que a mí respecta, he terminado. Pero ¿dónde vive? ¿Acaso no me lo dijo o yo lo he olvidado? Por otro lado, como médico de medicina general debe figurar en el listín telefónico. ¡Rápido, pues, a la cabina de teléfono y a consultar la guía! Be... Bi... Bu... Ca... Co... Aquí están todos los Condor, Condor Anton, comerciante... Condor Dr. Emmerich, medicina general, Florianigasse, 97, distrito VIII, y ningún otro médico en toda la página: tiene que ser él. Mientras salgo corriendo, repito la dirección dos, tres veces —no llevo ningún lápiz encima, en mi condenada prisa lo he olvidado todo—, le grito al primer coche que pasa y, mientras el carruaje rueda veloz y suave, preparo mi plan. Es importante hablar poco y con energía. En ningún caso dar la impresión de que todavía vacilo. No dejarle sospechar siquiera que me largo a causa de los Kekesfalva, sino presentarle la renuncia como un hecho consumado. Todo había sido preparado desde meses antes, pero sólo hoy había conseguido aquel magnífico empleo en Holanda. Si, a pesar de todo, seguía haciendo preguntas, ¡esquivarlas y no decir nada más! Al fin y al cabo, él tampoco me lo había contado todo. Tengo que terminar de una vez con esta eterna consideración con los demás. El coche se detiene. ¿El cochero se ha equivocado o con las prisas le he dado una dirección equivocada? ¿Puede ser que ese Condor viva en un lugar tan miserable? Sólo con los Kekesfalva debe ganar un dineral, y en una choza como ésta no vive un médico de categoría. Pero vive aquí, en efecto, en la entrada cuelga la placa: «Dr. Emmerich Condor, segundo patio, tercera planta. Consultas de dos a cuatro». De dos a cuatro, y ahora son ya cerca de las siete. De todos modos, a mí me recibirá. Despido rápidamente el coche y cruzo el patio mal empedrado. ¡Qué escalera de caracol tan sórdida, con los escalones gastados y las paredes desconchadas y emborronadas, con tufó de cocinas frugales y retretes mal cerrados, mujeres con batas sucias que conversan en los pasillos y miran recelosas al oficial de caballería que pasa a su lado en la penumbra, algo confundido y haciendo sonar las espuelas! Por fin la tercera planta, otro pasillo largo, con puertas a derecha y a izquierda y una al fondo, en el centro. Estoy a punto de meter la mano en el bolsillo y sacar una cerilla para encenderla y comprobar cuál es la puerta que busco, cuando de la de la izquierda sale una criada bastante mal vestida, con una jarra en la mano, probablemente para ir a buscar cerveza para la cena. Pregunto por el doctor Condor. —Sí, vive aquí— me responde con acento de Bohemia— Aunque todavía no está en casa. Ha ido para Meidling, pero no tardará. Ha dicho a la señora que seguro que vendrá a cenar. Pase y espere. Sin dejarme tiempo para reflexionar, me conduce a la antesala. —Póngase cómodo— dice, señalándome un viejo perchero de

madera blanda, el único mueble del pequeño y oscuro vestíbulo. Luego abre la puerta de la sala de espera, de aspecto más vistoso: por lo menos hay cuatro o cinco sillas alrededor de una mesa y la pared de la izquierda está llena de libros. —Bueno, puede sentarse. —Y me indica con cierta condescendencia una de las sillas. Comprendí enseguida: Condor debe tener una consulta para pobres. A los pacientes ricos los recibe en forma distinta. Un hombre curioso, muy curioso, pienso una vez más. Con sólo Kekesfalva podría hacerse rico, si él quisiera. Espero, pues. Es la habitual espera nerviosa en la antesala de un médico, donde sin tener verdaderas ganas de leer, se hojean las mismas revistas de siempre, manoseadas y ya intemporales, para engañar la inquietud con una apariencia de actividad, donde uno se levanta y se vuelve a sentar a cada instante y sin parar consulta el reloj que hace tictac con su adornado péndulo en la pared: las siete y doce, las siete catorce, las siete quince, las siete dieciséis, y mira hipnotizado el picaporte de la puerta del consultorio. Finalmente, a las siete y veinte, no puedo permanecer quieto por más tiempo. Ya he calentado dos sillas, me levanto y me acerco a la ventana. Abajo, en el patio, un anciano cojo — un mozo de cuerda, al parecer— unta las ruedas de su carretilla, tras las ventanas iluminadas de una cocina una mujer plancha, otra lava a un niño, creo, en una cuba. En algún lugar, no puedo determinar el piso, pero inmediatamente encima o debajo de mí, alguien practica escalas en el piano, siempre las mismas, siempre las mismas. Vuelvo a mirar la hora: las siete y veinticinco, las siete y media. ¿Por qué no viene? ¡No quiero ni puedo esperar más! Noto que la espera me vuelve inseguro y torpe. Por fin —un suspiro de alivio— oigo al lado una puerta que se cierra. Me apresuro a sentarme con compostura. Mantente firme ahora, relajado, me repito. Cuéntale con desenvoltura que has venido sólo de paso para despedirte y entre paréntesis le pides que vaya pronto a ver a los Kekesfalva y, en el caso de que muestren desconfianza, les explique que he tenido que marcharme a Holanda y abandonar el servicio. ¡Por todos los diablos, maldita sea, por qué me hace esperar todavía! Oigo claramente que alguien mueve una silla en la habitación de al lado. ¿La estúpida y lerda criada habrá dejado de anunciarme? Ya me dispongo a salir para recordar mi presencia a la mujer, pero me detengo de golpe, pues la persona que camina al lado no puede ser Condor. Conozco sus pasos. Sé perfectamente —desde aquella noche en que lo acompañé— que camina pesada y torpemente corto de piernas y corto de aliento, con unos zapatos que crujen. En cambio, los pasos de al lado, que se acercan y se alejan sin cesar, son muy diferentes, vacilantes, inseguros, arrastrados. En realidad no sé por qué escucho estos pasos desconocidos con tanto nerviosismo, con tanta agitación interior. Pero tengo la impresión de que la persona del cuarto contiguo escucha y figonea con la misma inseguridad e inquietud. De pronto oigo un débil ruido junto a la puerta, como si alguien apretara o jugara con el picaporte, y, en efecto, veo que se mueve. La estrecha franja de latón se mueve visiblemente en la penumbra y la puerta se abre dejando al descubierto un pequeño resquicio negro. Quizás es sólo una corriente de aire, el viento, me digo, pues una persona normal no abre una puerta con tanto disimulo, a no ser un ladrón en la noche. Pero no, la rendija se ensancha. Una mano debe empujar la puerta desde dentro con cuidado, y ahora observo también una sombra humana en la oscuridad. Me quedo mirándola petrificado. Entonces, una voz femenina pregunta temerosa a través de la rendija: —¿Hay... hay alguien aquí? La respuesta me queda en la garganta. Enseguida comprendo que sólo una clase de personas puede hablar y preguntar de esta manera: los ciegos. Sólo los ciegos caminan arrastrando los pies y a tientas tan quedamente, sólo ellos tienen este timbre de inseguridad en la voz. Y en el mismo instante me viene un recuerdo. ¿No me había comentado Kekesfalva que Condor se había casado con una ciega? Tiene que ser ella, sólo puede ser ella la que está tras la puerta y me pregunta sin verme. Fuerzo la mirada para captar su sombra dentro de la sombra y finalmente distingo a una mujer delgada metida en una bata holgada y con el pelo gris algo revuelto. ¡Dios mío, esta mujer sin atractivo ni belleza es su mujer! Es terrible sentirte observado por unas pupilas completamente muertas y saber que, sin embargo, no te ven; al mismo tiempo noto, por la manera como adelanta la cabeza para escuchar, que agudiza todos sus sentidos en un esfuerzo para localizar al desconocido en un espacio que ella no puede abarcar; este esfuerzo desfigura su boca grande y gruesa y la afea aún más. Permanezco mudo durante un segundo. Luego me levanto, hago una reverencia — sí, hago una reverencia a pesar de que es absurdo inclinarse delante de una ciega— y balbuceo: —Estoy... estoy esperando al doctor. Ahora ha abierto la puerta del todo. Sigue con la mano izquierda en el picaporte, como si buscara un apoyo en la habitación oscura. Después avanza a tientas, sus cejas se fruncen sobre los ojos apagados y una voz distinta, más dura, me dice en tono imperioso: —No es hora de consulta. Cuando mi marido regrese a casa, primero tendrá que comer y descansar. ¿No puede usted volver mañana? Con cada palabra su rostro se torna más inquieto, es evidente que apenas puede dominarse. Una histérica, pienso enseguida. No conviene irritarla. Por eso murmuro, haciendo estúpidamente otra reverencia al vacío: —Perdone, señora... Por supuesto que no tengo intención de consultar al doctor a una hora tan tardía. Sólo quería comunicarle algo... Se trata de uno de sus enfermos. —¡Sus enfermos! ¡Siempre sus pacientes! —el tono irritado se convierte en lacrimoso—. Esta madrugada, a la una y media han venido a buscarlo, ha vuelto a salir a las siete y desde la hora de la consulta no ha regresado todavía. ¡Él mismo

caerá enfermo, si no lo dejan en paz! ¡Pero basta ya! Ya le he dicho que no es hora de consulta ahora. Se termina a las cuatro. Déjele anotado lo que quiera o, si es urgente, vaya a ver a otro médico. Hay médicos de sobra en la ciudad, cuatro en cada esquina. Se acerca a tuestas y yo, sintiéndome culpable, retrocedo ante este rostro excitado de ira en el que los ojos desencajados brillan de pronto como globos blancos iluminados. —Que se vaya, le he dicho. ¡Váyase! ¡Déjenle comer y dormir como a la otra gente! No se agarren todos a él. ¡De noche y de madrugada, todo el santo día, siempre los enfermos, tiene que matarse trabajando por todos y siempre de balde! ¡Porque se dan cuenta de que es débil, lo buscan todos a él y sólo a él!... ¡Ah, son crueles! ¡No conocen más que su propia enfermedad, sus propias preocupaciones! Pero yo no lo tolero, no lo permito. Váyase, he dicho. ¡Váyase ahora mismo! ¡Déjelo en paz, déjele siquiera estas únicas horas libres de la noche! Ha llegado hasta la mesa. En virtud de algún instinto especial debe haber encontrado el lugar donde más o menos me encuentre, pues sus ojos me miran fijamente, como si pudieran verme. Hay tanta desesperación sincera y a la vez enfermiza en su cólera, que sin quererlo me avergüenzo. —Claro, señora —me disculpo—. Comprendo perfectamente que el doctor tenga que descansar... No la molesto más. Permítame que le deje una nota o que lo llame por teléfono dentro de media hora. —¡No! —me grita, desesperada—. ¡No y no! ¡Nada de teléfono! Lllaman todo el santo día, todos quieren algo de él, todos preguntan y se lamentan. Aún no se ha llevado el primer bocado a la boca, tiene ya que levantarse de la mesa. Venga mañana a la consulta, le he dicho, seguro que no es tan urgente. Alguna vez tiene que descansar. ¡Váyase ya...! ¡Le digo que se vaya! Y con los puños cerrados, caminando a tuestas, la ciega se dirige hacia mí. Es espantoso. Tengo la sensación de que de un momento a otro me va a atrapar con sus manos extendidas. Pero en este instante chirría la puerta de la entrada y se cierra con perceptible estrépito. Debe de ser Condor. La mujer escucha y se estremece. Sus rasgos se transforman en el acto. Empieza a temblar de pies a cabeza, y sus manos, hace un momento cerradas, se juntan de repente en un gesto de súplica. —No lo entretenga ahora —susurra—. ¡No le diga nada! Sin duda está cansado, ha andado todo el día de un lado para otro... ¡Le ruego que tenga consideración! Tenga compa... En este momento se abre la puerta y Condor entra en la habitación. Sin duda se dio cuenta de la situación a primera vista, pero no perdió el aplomo ni por un segundo. —Ah, veo que has hecho compañía al teniente —dijo a su manera jovial con la que mejor disimulaba (entonces lo comprendí) sus fuertes tensiones—. Eres muy amable, Klara. Al tiempo que decía esto se acercó a la ciega y le acarició suavemente el cabello gris y revuelto. El aspecto de la mujer se transformó al instante por efecto de este contacto. El miedo, que un momento antes desfiguraba su boca grande y gruesa, desapareció bajo esa tierna caricia, y apenas sintió la proximidad de su marido se volvió hacia él con una sonrisa desvalida y pudorosa, como la de una novia; su frente un tanto angulosa brillaba pura y clara con el reflejo de la luz. Después de aquel arrebato violento, era indescriptible esa expresión de calma y seguridad. Al parecer había olvidado por completo mi presencia, embargada por la dicha de sentir la de su esposo. Su mano, atraída magnéticamente, lo buscaba a tuestas a través del aire vacío y tan pronto como sus dedos rastreadores tocaron su levita, pasaron una y otra vez arriba y abajo de la manga en suaves caricias. Comprendiendo que todo el cuerpo de la mujer buscaba su proximidad, Condor se le acercó, y entonces ella se apoyó en él, como alguien completamente agotado se deja caer para descansar. Sonriendo, él rodeó sus hombros con el brazo y repitió sin mirarme: —Eres muy amable, Klara —y su voz era también como una caricia. —Perdona —comenzó ella a disculparse—, pero tenía que explicar a este caballero que tú primero tienes que comer, porque debes estar muerto de hambre. Todo el día de un lado para otro, y mientras te han llamado por teléfono doce o quince veces... Perdona que haya dicho a este señor que volviera mañana, pero... —Esta vez, querida —dijo riendo y acariciándole de nuevo el cabello (comprendí que lo hacía para que su risa no la hiriera)—, te has equivocado tratando de deshacerte del visitante. Este caballero, el teniente Hofmiller, no es por fortuna un paciente, sino un amigo que hace tiempo me prometió visitarme, si alguna vez venía a la ciudad. Sólo tiene libres las noches, de día está ocupado con el servicio. La cuestión principal ahora es si tienes algo bueno para invitarlo a cenar. El rostro de la mujer se tiñó de nuevo de aquella tensión miedosa, y por su sobresalto impulsivo comprendí que quería estar a solas con el hombre al que echaba de menos desde hacía tantas horas. —Oh, no, gracias —me apresuré a rechazar—. Debo marcharme enseguida. No puedo perder el tren. En realidad, sólo quería transmitirle los saludos de los de allá, y eso no nos va a llevar más de unos minutos. —¿Todo anda bien por allá? —preguntó Condor, mirándome fijamente a los ojos—. De alguna manera debió haber notado que algo no iba bien, pues añadió rápidamente—: Bueno, pues, escuche, amigo mío, mi esposa siempre sabe lo que me pasa, incluso lo sabe mejor que yo. En efecto, tengo un hambre canina, y antes de que haya comido algo y me haya ganado mi cigarro, no serviré para nada. Si te parece bien, Klara, nosotros dos vamos a cenar tranquilamente y haremos esperar un poco al teniente. Mientras tanto le doy un libro o, si lo prefiere, descansa un rato... Supongo que usted también ha tenido un día agitado —dijo, dirigiéndose a mí—. Cuando llegue el momento del cigarro, volveré con usted, claro que con pantuflas y bata. ¿Verdad, teniente, que no

me exige etiqueta? —Y de verdad que no me quedaré más de diez minutos, señora... Luego tendré que correr a la estación. Estas palabras iluminaron de nuevo el rostro de la mujer. Se volvió hacia mí casi con amabilidad: —Lástima que no quiera cenar con nosotros, teniente. Pero espero que vuelva en otra ocasión. Me tendió la mano, una mano muy delicada y delgada, ya algo pálida y arrugada. La besé respetuosamente. Y con sincero respeto me quedé mirando cómo Condor condujo a la ciega con gran precaución a través de la puerta, evitando hábilmente que la rozara a la derecha o a la izquierda: era como si llevara en la mano algo muy frágil y valioso. La puerta permaneció abierta uno o dos minutos y oí los pasos de los pies que se alejaban arrastrándose ligeramente. Después Condor volvió. La expresión de su rostro había cambiado, era aquella cara atenta, penetrante, que le conocía de los momentos de tensión interior. Sin duda había comprendido que no me había presentado en su casa de improviso sin un motivo urgente. —Vuelvo en veinte minutos, y lo hablaremos todo en un santiamén. Mientras, será mejor que se eche en el sofá o se repantigue en la butaca. No me gusta su aspecto, querido amigo, parece terriblemente cansado. Y ambos tenemos que estar frescos y concentrados. Y, mudando rápidamente de voz, añadió más alto para que pudieran oírle en la tercera habitación: —Sí, querida Klara, enseguida estoy contigo. Sólo dejo un libro al teniente para que no se aburra entretanto. La mirada experta de Condor no se había equivocado. Sólo después de haberlo dicho él, me di cuenta de lo terriblemente cansado que estaba tras una noche agitada y un día repleto de tribulaciones. Siguiendo su consejo —ya noté que había quedado completamente a merced de su voluntad—, me estiré en la butaca de su consultorio, con la cabeza del todo reclinada hacia atrás y las manos apoyadas las sobre los blandos brazos. Durante mi angustiada espera, fuera debía de haber anochecido del todo, porque apenas distinguía en la habitación algo más que el reflejo plateado de los instrumentos en la alta vitrina y sobre el rincón a mi espalda se abovedaba un nicho de oscuridad alrededor de la butaca en que descansaba. Sin querer, cerré los ojos y enseguida apareció, como en una linterna mágica, el rostro de la ciega con aquella inolvidable transición de temor a felicidad apenas la mano de Condor la había tocado y la había cogido del brazo. Maravilloso médico, pensé. Ojalá pudieras ayudarme a mí de la misma forma. Sentí que mis pensamientos se encadenaban, que recordaba a otra persona que también estaba intranquila y turbada y miraba de modo igualmente angustiado; quería pensar en algo concreto, por cuyo motivo había ido a aquella casa. Pero no lo conseguí. De pronto una mano me tocó la espalda. Condor debió haber entrado con pasos muy quedos en la habitación completamente oscurecida o yo debí quedarme dormido de verdad. Quise levantarme, pero él me retuvo con una suave y a la vez enérgica presión sobre los hombros. —No se mueva. Me sentaré a su lado. Se habla mejor en la oscuridad. Una sola cosa le pido: hablemos en voz baja, muy baja. Ya sabe usted que en los ciegos a menudo el oído se desarrolla de un modo mágico, y poseen además un misterioso instinto de adivinación. Bueno, pues —y recorrió mi brazo con la mano, desde el hombro hasta la mía, como en un pase hipnotizador—, cuénteme, y no tenga reparos. Enseguida me he dado cuenta de que algo le pasa. Curiosamente, me acordé en aquel momento. En la academia militar tenía un compañero que se llamaba Erwin, rubio y delicado como una muchacha. Creo incluso que, sin confesármelo, estaba un poco enamorado de él. De día casi nunca nos hablábamos o, en todo caso, lo hacíamos sobre cosas indiferentes; seguramente nos avergonzábamos de nuestra inclinación secreta y no confesada. Sólo de noche, en el dormitorio, cuando las luces se apagaban, encontrábamos a veces el valor suficiente; apoyados sobre los codos en nuestras camas vecinas, envueltos por la oscuridad protectora y mientras los demás dormían, nos contábamos nuestros pensamientos y nuestras reflexiones pueriles, para luego, al día siguiente, evitamos indefectiblemente de nuevo con el mismo apocamiento. Durante muchos años no había recordado esas confesiones a media voz que habían sido la dicha y el misterio de mi adolescencia. Pero ahora, arrellanado en la butaca y a oscuras, olvidé por completo mi propósito de disimular delante de Condor. Sin quererlo, fui del todo sincero; así como en aquellos otros tiempos había revelado al compañero de la academia militar mis pequeños sinsabores y mis grandes y extravagantes sueños, así también ahora conté a Condor —y mi relato tenía el secreto placer de la confesión— el inesperado arrebato de Edith, mi sobresalto, mi miedo y mi azoramiento. Se lo conté todo en aquella oscuridad silenciosa, en la que nada se movía excepto los cristales de las gafas que, a veces, cuando él meneaba la cabeza, centelleaban inciertamente. Luego siguió un silencio y, tras el silencio, un sonido raro. Al parecer Condor había entrecruzado los dedos y los hacía crujir. —Así pues, se trataba de eso —refunfuñó de mal humor—. Y yo, estúpido de mí, no me di cuenta de nada. Siempre lo mismo: uno ve la enfermedad, pero no al enfermo. Con estos exámenes y métodos de exploración tan escrupulosos en busca de todos los síntomas, se pasa por alto lo esencial, lo que sucede dentro de la persona. Es decir, algo observé enseguida en la muchacha. Recordará que después del último examen pregunté al viejo si alguien más había intervenido en el tratamiento. Aquella repentina y ardiente voluntad de curarse cuanto antes me había llamado la atención. Acerté, pues, al sospechar que alguien más había entrado en juego. Pero yo, mentecato, pensé sólo en un curandero o un hipnotizador; creí que algún charlatán le había hecho perder la cabeza. Se me ocurrió toda clase de conjeturas, menos

la más simple, la más lógica, la más evidente. Al fin y al cabo, el enamoramiento forma parte orgánica de una muchacha en la edad de desarrollo. Lo malo es que pase precisamente ahora y con tal vehemencia... ¡Dios mío, pobre chiquilla! Se había puesto en pie. Oí el ir y venir de sus cortos pasos y un suspiro: —Es terrible que haya tenido que ocurrir precisamente ahora que hemos tramado ese asunto del viaje. Y lo peor del caso es que ya no hay modo de remediarlo, porque ella está sugestionada con la idea de que tiene que curarse por usted y no por ella misma. ¡Ah, la reacción será terrible, terrible! Ahora que ella lo espera y lo exige todo, no se conformará con una pequeña mejora, un simple progreso. ¡Dios mío, qué terrible responsabilidad hemos asumido! De pronto sentí dentro de mí un impulso de resistencia. Me irritó que me incluyera en ese plural. Al fin y al cabo, había ido allí para liberarme de cualquier compromiso. De modo que lo interrumpí con decisión: —Comparto plenamente su opinión. Las consecuencias son incalculables. Hay que atajar a tiempo esta absurda locura. Tendrá usted que intervenir con energía. Tendrá que decirle... —¿Decirle qué? —Pues... que ese enamoramiento es una simple chiquillada, un disparate. Tiene que disuadirla. —¿Disuadirla? ¡Disuadirla de qué! ¿Disuadir a una mujer de su pasión? ¿Decirle que no sienta lo que siente? ¿No amar cuando ama? Sería lo más equivocado y lo más estúpido que podría hacer. ¿Ha oído decir alguna vez que se pueda combatir la pasión con la lógica? ¿O que se pueda persuadir a la fiebre: «Fiebre, no ardas»; o al fuego: «Fuego, no quemes»? Es un pensamiento muy bello, francamente humanitario, gritarle a la cara a una enferma, a una tullida: «¡Por el amor de Dios, quítate de la cabeza la idea de que tú también puedes amar! ¡Es una arrogancia de tu parte manifestar y esperar sentimientos! ¡Tienes que callar y aguantar, porque eres una inválida! ¡Vete a un rincón! ¡Renuncia, abandona! ¡Date por vencida!...». Por lo visto, es así como usted quiere que hable a la pobre. ¡Pero le pido que haga el favor de imaginarse también el maravilloso efecto de estas palabras! —Pero precisamente usted tendría que... —¿Por qué yo? ¿No ha cargado usted expresamente con toda la responsabilidad? ¿Por qué ahora precisamente yo? —Pero yo no puedo admitir ante ella que... —¡Ni falta hace! ¡Ni debe hacerlo! ¡Primero volverla loca y luego exigirle sentido común de golpe...! ¡Lo que faltaba! Naturalmente usted no puede dejar entrever a la pobre, ni por el tono de voz ni por un solo gesto, que a usted le resulta penoso su afecto..., sería como golpearle la cabeza con un hacha. —Pero... —me falló la voz—, alguien tendrá finalmente que explicárselo... —¿Explicarle qué? ¡Haga el favor de expresarse con más precisión! —Quiero decir... que... que esto no tiene ninguna salida, que es absurdo... que ella no... si yo... si yo... Me interrumpí. Condor también callaba. Por lo visto esperaba. Luego, de repente, dio un par de pasos enérgicos hacia la puerta y acercó la mano al interruptor. Penetrantes y despiadadas —la deslumbrante descarga de luz me obligó a cerrar los párpados— tres llamas blancas penetraron en las bombillas. De pronto, la habitación se iluminó como en pleno día. —¡Bien! —exclamó Condor con viveza—. Bien, teniente, ya veo que no se le pueden poner las cosas demasiado cómodas. Es demasiado fácil esconderse en la oscuridad, y hay ciertos asuntos que es mejor tratarlos mirándose claramente a las pupilas. De modo que basta de decir bobadas, teniente... Aquí hay algo que no cuadra. No me va engañar con eso de que ha venido sólo para enseñarme esta carta. Hay algo más. Tengo la impresión de que abriga un propósito determinado. O habla francamente o aquí tendré que darle las gracias por su visita. Las gafas me miraban con un centelleo penetrante. Tuve miedo de su reflejo redondo y bajé los ojos. —No impone mucho su silencio, teniente. No es precisamente indicio de conciencia limpia. Pero más o menos barrunto lo que pasa. No se ande con rodeos, por favor. A juzgar por esta carta, ¿se propone acaso poner fin repentino a eso que llama amistad? Esperó. Yo mantuve los ojos clavados en el suelo. Su voz adoptó el tono exigente de un examinador. —¿Sabe lo que significaría que ahora usted pusiera pies en polvorosa, después de haber hecho perder el juicio a la muchacha con su dichosa compasión? Seguí callado. — Bueno, pues, ahora me permitirá expresarle el calificativo que en mi opinión merece semejante proceder: esta manera de largarse sería una abominable cobardía... ¡Ah, no se sulfure enseguida como un militar! ¡Dejemos al margen al oficial y al código de honor! No es cosa de guasa, se trata de un ser vivo, de una persona joven y muy valiosa; de una persona, además, de la que yo soy responsable... En estas circunstancias, no tengo ganas ni humor de ser cortés. En todo caso, para que no se engañe respecto al peso que carga en su conciencia con su huida, le diré con toda claridad que su fuga en un momento tan crítico..., ¡por favor, no se haga el sordo!..., sería un crimen infame contra un ser inocente, y aún me temo más que eso: ¡sería un asesinato! El hombrecito regordete se abalanzó sobre mí con los puños cerrados como un boxeador. En otro momento habría parecido ridículo con su bata enguatada y arrastrando las pantuflas, pero de su cólera sincera emanaba una fuerza avasalladora cuando de nuevo me habló a gritos: —¡Un asesinato! ¡Un asesinato! ¡Un asesinato! ¡Sí, señor, y usted lo sabe! ¿O cree usted que esta criatura sensible y orgullosa soportaría que, después de haberse abierto por primera vez a un hombre, por toda respuesta ese caballero huyera despavorido, como si hubiera visto al mismísimo diablo? ¡Un poco más de fantasía, si se me permite! ¿Es que no ha leído la carta o no tiene ojos en el corazón? Ni siquiera una mujer normal y sana toleraría semejante desprecio. Un golpe así daría al traste con su equilibrio interior durante años. Y esta muchacha, que se mantiene en pie sólo con

la insensata esperanza de curarse que usted le ha infundido por imprudencia..., esta persona turbada y traicionada, ¿cree usted que lo soportaría? ¡Si no la destruye ese golpe, se destruirá ella misma! Sí, lo hará ella misma, un ser desesperado no soporta semejante humillación. Estoy convencido de que no resistirá tal crueldad, y usted, teniente, lo sabe tan bien como yo. Y puesto que lo sabe, su huida no sería sólo debilidad y cobardía, ¡sino también un asesinato alevoso y premeditado! Instintivamente retrocedí todavía más. En el instante en que pronunció la palabra «asesinato», lo vi todo en una visión relámpago: ¡la balastrada de la terraza y cómo Edith se agarraba a ella convulsivamente con ambas manos, cómo tuve que cogerla y separarla de allí con todas mis fuerzas y en el último momento! Sabía que Condor no exageraba, que Edith haría exactamente eso: arrojarle al vacío. Vi ante mí las losas de piedra del patio lo vi todo en aquel instante como si estuviera sucediendo, como si ya hubiera sucedido, y en mis oídos retumbó un zumbido como si yo mismo me precipitara hacia abajo los cuatro o cinco pisos. Condor seguía apremiándome. — ¿Qué? ¡Niéguelo ahora! ¿Muestre por fin un poco de ese valor al que está obligado por su profesión! —Pero, doctor..., ¿qué quiere que haga?... No puedo actuar en contra de mi voluntad..., no puedo decir lo que no quiero decir... ¿A santo de qué debería proceder como si condescendiera a su desvarío? —y, sin poderme dominar, exclamé—: ¡No, no lo soporto, no puedo soportarlo...! ¡No puedo, no quiero ni puedo! Debí de gritar mucho, pues sentí los dedos de Condor en mi brazo como garfios de hierro. —¡En voz baja, por el amor de Dios! Corrió hacia el interruptor y apagó de nuevo la luz. Sólo la lámpara del escritorio esparcía un cono de tenue claridad bajo su amarillenta pantalla. —¡Por todos los diablos! Con usted hay que hablar como con un enfermo. Vamos, siéntese tranquilo. En este sillón se han discutido ya cuestiones bastante más graves. Arrimó un poco más su silla. —Bien. Hablemos ahora sin excitarnos y, por favor, poco a poco, tranquila y ordenadamente. Usted anda gimoteando: «No puedo soportarlo.» Pero esto no me dice mucho. Tengo que saber qué es lo que no puede soportar. ¿Qué es lo que le aterra tanto en el hecho de que esa pobre niña se haya enamorado tan locamente de usted? Me disponía a contestar, pero Condor se apresuró a intervenir de nuevo: —¡No se precipite! ¡Y sobre todo no se avergüence! De suyo, puedo comprender que en un primer momento uno se asuste ante una confesión tan apasionada y que le coge desprevenido. Sólo a las cabezas huecas las hace felices el «éxito» con las mujeres, sólo los necios alardean de ello. Un hombre de verdad se queda más bien hecho un pasmarote al darse cuenta de que una mujer se ha vuelto loca por él y no poder corresponder a sus sentimientos. Todo eso lo comprendo. Pero, puesto que usted está tan completa e insólitamente trastornado, debo preguntarle: ¿no intervendrá en su caso algo especial, quiero decir, dadas las especiales circunstancias...? —¿Qué circunstancias? —Pues... el hecho de que Edith... Es tan difícil formular estas cosas... Quiero decir..., ¿no será tal vez que su... su defecto físico le produce en definitiva una cierta aversión..., una repugnancia fisiológica? —No, en absoluto —protesté enérgicamente. Fue precisamente su desamparo, su indefensión, lo que me atrajo hacia ella de modo tan irresistible, y si en algunos momentos, experimenté algún sentimiento que se acercara misteriosamente a la ternura de un amante, fue sólo porque me conmovía su pena, su soledad y su defecto. —¡No! ¡Nunca! —repetí con un convencimiento casi irritado—. ¡Cómo puede usted pensar una cosa así! —Tanto mejor. Eso me tranquiliza hasta cierto punto. Mire, los médicos a menudo tenemos ocasión de observar esta clase de inhibición psíquica en las personas al parecer más normales. Nunca he comprendido a los hombres en los que la más pequeña anomalía en una mujer produce una especie de idiosincrasia, pero existe una infinidad de hombres para los que queda excluida toda posibilidad de relación erótica tan pronto como de los millones y miles de millones de células que conforman un cuerpo, un ser humano, tan sólo un centímetro de pigmento aparece desfigurado. Por desgracia, estas repulsiones, como todos los instintos, son insuperables... Por eso celebro doblemente que no sea éste su caso, que no sea la parálisis en sí lo que tanto le amedrenta. Pero entonces sólo puedo suponer que... ¿Puedo hablar con toda sinceridad? —Desde luego. —Sólo puedo suponer que su temor no era por el hecho en sí, sino por sus consecuencias... Quiero decir que no le espanta tanto el enamoramiento de la pobre criatura como el hecho de que otros puedan enterarse y burlarse de ello... En mi opinión, pues, su turbación no es sino una especie de temor, y disculpe, de caer en el ridículo frente a los demás, frente a sus camaradas. Fue como si Condor me hubiera clavado una aguja fina y afilada en el corazón, pues lo que él había expresado en palabras yo lo había sentido en el inconsciente desde hacía tiempo, pero no me atrevía a pensarlo. Ya desde el primer día había temido que mi singular relación con la inválida pudiera ser objeto de burlas por parte de mis camaradas, dados a aquella «campechanería» austríaca bonachona, pero a la vez mortificante; sabía demasiado bien cómo se mofaban de cualquiera al que «atrapaban» con una persona «deformada» o poco elegante. Sólo por esta razón había construido instintivamente aquel doble estrato en mi vida entre un mundo y el otro, entre el regimiento y los Kekesfalva. En efecto, Condor lo había sospechado con acierto: desde el primer momento en que me percaté de la pasión de Edith, me sentí sobre todo avergonzado ante los demás: ante el padre, ante Ilona, ante el criado, ante los compañeros. Incluso ante mí mismo me avergonzaba de mi fatal compasión. Entonces sentí la mano de Condor que rozaba mi

rodilla como un imán. —No, no se avergüence. Si hay alguien que comprende que se pueda tener miedo de la gente en cuanto algo contraría sus conceptos reglamentados, ése soy yo. Usted ya ha visto a mi mujer. Nadie entendió por qué me casé con ella, todo lo que no coincide con su línea estrecha y, digamos, normal, vuelve a los hombres primero curiosos y después malévolos. Mis señores colegas no tardaron en divulgar en voz baja que mi tratamiento había sido una chapuza y que me había casado con ella sólo por miedo... Mis amigos, a su vez, los así llamados amigos, hicieron correr la voz de que ella tenía mucho dinero o esperaba una herencia. Mi madre, mi propia madre, se negó durante dos años a recibirla, porque ya me tenía preparado otro partido, la hija de un catedrático, que entonces era el internista más famoso de la universidad, y cuando me hubiera casado con ella, a las tres semanas hubiera sido profesor, luego catedrático y toda mi vida habría sido un lecho de rosas. Pero yo sabía que aquella mujer se hundiría, si la dejaba en la estacada. Sólo creía en mí y, si yo le hubiera quitado esta fe, habría sido incapaz de seguir viviendo. Pues bien, le confieso con toda franqueza que no me arrepiento de mi elección, porque créame si le digo que como médico, y precisamente como médico, pocas veces se tiene la conciencia limpia. Es hartito sabido cuán poco se puede ayudar en realidad, y que un individuo solo no puede luchar contra la inmensidad de la aflicción diaria. Lo único que consigue es sacar unas gotas de agua con un dedal de ese mar sin fondo, y aquellos a los que hoy cree haber curado mañana sufren otro achaque. Uno tiene siempre la sensación de haber sido demasiado negligente, demasiado descuidado, y a eso hay que añadir los errores, los fallos técnicos, que inevitablemente comete... De todos modos, queda la tranquilidad de conciencia de haber salvado por lo menos una vida, de no haber defraudado una confianza, de haber hecho una cosa bien. Al fin y a la postre, uno debe saber si ha llevado una existencia insulsa y boba o si ha vivido para algo. Créame —y de pronto sentí su proximidad como algo cálido y casi tierno—, vale la pena cargar con una tarea ardua, si con ello se aligera a otra persona. Me emocionó la profunda vibración de su voz. De pronto sentí un leve ardor en el pecho, aquella presión hartito conocida como si el corazón se ensanchara o se tensara; sentí cómo el recuerdo del desesperado abandono de aquella infeliz criatura despertara de nuevo en mí la compasión. Supe que enseguida empezaría a fluir aquel manantial al que era incapaz de resistirme. ¡Pero no cedas!, me dije. No te dejes comprometer de nuevo, no te retractes! Y alcé la vista completamente decidido. —Doctor, cada uno conoce hasta cierto punto el límite de sus fuerzas. Por eso debo advertirle de que, por favor, no cuente conmigo. Le toca a usted y no a mí ayudar a Edith ahora. Ya he ido en este asunto mucho más lejos de lo que quería en un principio, y le digo con toda franqueza que no soy en absoluto tan bueno ni tan abnegado como usted cree. ¡He llegado al límite de mis fuerzas! No soporto por más tiempo que me adoren, que me idolatren, fingiendo a la vez que lo deseo o lo tolero. Es mejor que ella comprenda ahora la situación que no sufrir un desengaño más tarde. Le doy mi palabra de honor de soldado que le hablo con toda sinceridad: no cuente conmigo, no me sobreestime. Debí hablar con gran decisión, porque Condor me miró un tanto perplejo. —Esto suena casi como si hubiera tomado ya una decisión muy concreta. Se levantó de golpe. —¡Toda la verdad, por favor, y no a medias! ¿Ha hecho... algo irrevocable? Yo también me puse en pie. —Sí— dije, sacando del bolsillo la solicitud de renuncia—. Tenga, léalo usted mismo. Condor cogió la hoja de papel con gesto vacilante y me echó una mirada de inquietud antes de acercarse al pequeño cono de luz de la lámpara. Leyó en silencio y despacio. Después dobló la hoja y me dijo muy tranquilamente, en un tono impregnado de la mayor objetividad y naturalidad: —Supongo que, después de lo que le he expuesto anteriormente, se da perfecta cuenta de las consecuencias... Acabamos de comprobar que su escapada tendrá funestas consecuencias para la muchacha..., asesinato o suicidio... Supongo, pues, que se dará perfecta cuenta de que esta hoja de papel no sólo representa una solicitud de renuncia, sino también... una sentencia de muerte para la pobre criatura. No respondí. —Le he hecho una pregunta, teniente. Y la repito: ¿es plenamente consciente de las consecuencias? ¿Toma sobre su conciencia toda la responsabilidad? Seguí callado. Él se acercó con la hoja doblada en la mano y me la devolvió. —Gracias. No quiero tener nada que ver con el asunto. ¡Tenga, cójala! Pero mi brazo estaba paralizado. No tenía fuerza para levantarlo. Y no tenía el valor suficiente para aguantar su mirada escrutadora. —¿No tiene intención, pues, de... de cursar la sentencia de muerte? Me volví con las manos detrás de la espalda. Él comprendió. —¿Puedo romperla, pues? —Sí— respondí—. Se lo ruego. Volvió al escritorio. Sin mirar, oí cómo rasgaba el papel enérgicamente, una, dos y hasta tres veces, y luego cómo los trozos caían en la papelera con un leve crujido. Es curioso, pero me sentí aliviado. De nuevo —por segunda vez en aquel día tan cargado de destino— se había tomado una decisión por mí. No tuve que tomarla yo. Lo hizo ella misma por mí. Condor se acercó y me obligó a sentarme de nuevo con una suave presión de su mano. —Bien, creo que hemos evitado una gran desgracia..., ¡una desgracia muy grande! Y ahora, vayamos al asunto. De todos modos, celebro la oportunidad de haberlo más o menos conocido...; no, no se defienda. No lo sobreestimo, no lo considero en absoluto «la buena y maravillosa persona» por la que lo tienen los Kekesfalva, sino un interlocutor de poco fiar por la inseguridad de sus sentimientos y una singular impaciencia de su corazón. Si bien me alegro de haber evitado su absurda escapada, no me gusta en

absoluto la rapidez con la que toma decisiones y con la que luego desiste de sus propósitos. No hay que imponer responsabilidades serias a personas tan expuestas a los cambios de humor. Usted sería el último al que quisiera obligar a algo que requiere constancia y tenacidad. »¡Por lo tanto, escúcheme! No le pido mucho. Sólo lo imprescindible, lo absolutamente necesario. Hemos inducido a Edith a empezar un nuevo tratamiento o, por lo menos, uno que ella considera nuevo. Por usted ha decidido emprender el viaje, irse unos meses y, como usted sabe, partirá dentro de ocho días. Pues bien, necesito su ayuda para esos ocho días, y añadido para su descargo que será sólo para esos ocho días. Sólo le pido que me prometa que, durante esta semana, hasta el momento de su partida, no haga nada brusco, nada precipitado y, sobre todo, que ni con palabras ni con gestos demuestre que el afecto de la pobre muchacha le disgusta tanto. Por el momento no voy a pedirle nada más... Creo que es lo mínimo que se le puede pedir: ocho días de autocontrol, tratándose como se trata de la vida de otra persona. —Sí, pero... ¿y luego? —Por el momento no pensemos en más adelante. Si tengo que operar un tumor, tampoco me pregunto si se reproducirá o no al cabo de unos meses. Cuando me llaman para asistir a alguien, no tengo que hacer sino una cosa: intervenir sin titubear. En todos los casos es la única cosa acertada, porque es la única cosa humana. Todo lo demás está en manos del azar, o como dirían los creyentes, en manos de Dios. ¡Las cosas que pueden ocurrir en unos meses! Quizá su estado mejore realmente más deprisa de lo que me imaginaba o quizá su pasión se enfríe con la distancia...; no puedo prever todas las posibilidades, ¡y usted tampoco debe calcularlas de antemano! Concentre todas sus fuerzas únicamente en no revelar dentro de este plazo de tiempo decisivo que el amor que le profesa a usted le resulta... le resulta horrible. Repítase una y otra vez: ocho días, siete días, seis días, y salvaré a una persona, no la heriré, no la ofenderé, no la abrumaré, no la desanimaré. Ocho días de porte viril, decidido... ¿Se ve verdaderamente capaz de aguantarlo? —Sí —respondí espontáneamente. Y añadí todavía con más decisión—: ¡Estoy seguro! ¡Estoy del todo seguro! Desde que sabía que mi cometido tenía un límite, sentí una especie de fuerza nueva. Oí un suspiro de alivio. —¡Gracias a Dios! —exclamó Condor—. Ahora puedo confesarle también cuán preocupado estaba. Créame, Edith no habría soportado que en respuesta a su carta, a su confesión, usted hubiera huido. Por eso los próximos días son tan decisivos. Todo lo demás ya se andará. Por el momento dejemos que la pobre criatura sea un poco feliz: ocho días de felicidad sin pensar en nada. ¿Usted me garantiza esta semana, verdad? En vez de decir una palabra, le tendí la mano. —Entonces, creo que todo está de nuevo arreglado y podemos ir sin más a hacer compañía a mi mujer. Pero no se levantó. Noté que todavía había algo que lo hacía vacilar. —Una cosa más —añadió en voz baja—. Los médicos estamos obligados a pensar siempre en los imprevistos, tenemos que estar preparados para cualquier eventualidad. Si ocurriera cualquier contratiempo, y pongo un caso irreal, por ejemplo... si le fallaran las fuerzas o si la desconfianza de Edith desembocara en una crisis, por favor notifíqueme lo enseguida. Por nada del mundo debe ocurrir nada irrevocable durante esta fase breve, pero peligrosa. Si no se siente capaz de cumplir con su misión o si, en estos ocho días, se traiciona inconscientemente, no se avergüence delante de mí, ¡por el amor de Dios, no le dé vergüenza confiarse a mí, que he visto ya bastante gente desnuda y bastantes almas frágiles! Puede venir a verme o llamarme a cualquier hora del día o de la noche; estaré siempre preparado para acudir, porque sé lo que está en juego. Y ahora —la silla a mi lado se movió y comprendí que Condor se había levantado— más vale que nos traslademos allá. Hemos hablado bastante tiempo y mi mujer se impacienta con facilidad. Después de tantos años tengo que andar con cuidado para no irritarla. Aquel a quien el destino golpea una vez con dureza queda para siempre vulnerable. Anduvo de nuevo los dos pasos hasta el interruptor y las bombillas se encendieron. Cuando entonces se volvió hacia mí, me pareció que su rostro había cambiado; quizás era sólo porque la claridad deslumbrante hacía resaltar sus rasgos, pero lo cierto es que por primera vez observé las profundas arrugas de su frente, y en toda su actitud, lo cansado y agotado que estaba aquel hombre. Siempre se ha entregado a los demás, pensé. De repente me pareció mezquina mi intención de huir ante la primera contrariedad, y lo miré con agradecida emoción. Él pareció notarlo y sonrió. —Celebro que haya venido a verme y hayamos podido explicarnos —me dijo, dándome un golpecito en el hombro—. ¡Imagínese que se hubiera largado sin pensarlo dos veces! Le hubiera pesado sobre la conciencia toda la vida, pues se puede huir de todo, menos de uno mismo... Pero, vamos ya. Venga, mi querido amigo. La palabra «amigo», que aquel hombre me dedicó en ese momento, me emocionó. Él sabía lo débil y cobarde que era yo y, sin embargo, no me menospreció. Con esta sola palabra, el mayor devolvía la confianza al más joven, el hombre de experiencia al inexperto e inseguro. Lo seguí, aliviado y ligero. (*New York university email list*).

**Audiolibro La Impaciencia Del
Coraz N Stefan Zweig 5 7**

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>